REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

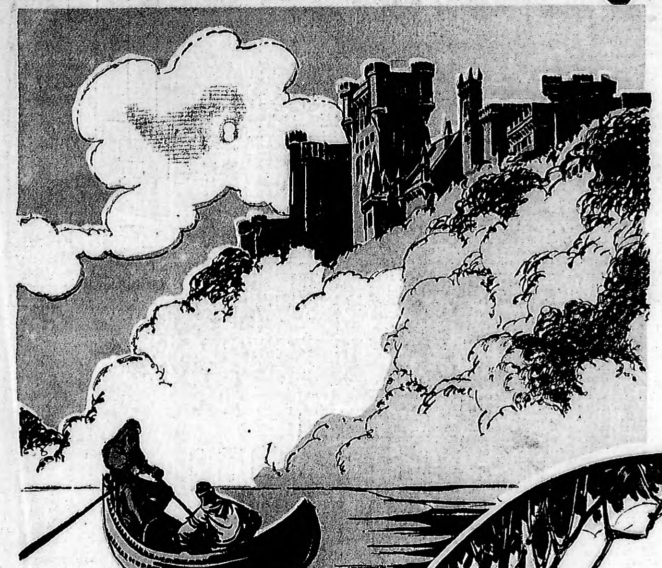
AÑO I — BUENOS AIRES, SETIEMBRE 23 DE 1933 — No. 7

Renacen en el Siglo XV Adán y Eva

por

BERNARDO HAEDO

★



HUBO un momento en la vida de Europa en que el hombre no dudó de nada. El mundo, saliendo penosamente de las tinieblas de la Edad Media, fué asombrado por una serie de descubrimientos maravillosos. La brújula fué inventada. Un nuevo mundo se agregaba, con todos sus misterios portentosos, al mundo ya viejo. El telescopio interrogaba y definía los espacios celestes.

Era el tiempo en que todo era posible, en que las imaginaciones, aprisionadas durante siglos en una disciplina férrea e inexorable, aceptaban ahora como hechos y realidades las suposiciones y teorías más descabelladas.

Fué una época de orgullo, de locura, de ateísmo, de desórdenes. La misma fe del clero romano fué conmovida hasta sus cimientos. El telescopio daba razón a Galileo y a Copérnico.

Algunos se alarmaban por la inevitable revolución que esas cosas provocarían en las ideas. Los más se dejaron dominar por el orgullo, cerrando los oídos a los terrores de Satanás, pensando que seguramente se descubriría un secreto de alquimista para extinguir las llamas del infierno o para vivir en él, sin ninguna molestia, por toda la eternidad.

Los más exaltados no dudaban que, de descubrimiento en descubrimiento, se llegaría a encontrar la inmortalidad de los cuerpos.

Se organizaron, pues, sociedades para matar a la muerte.

★

Un cierto conde de Bolsena, ue disfrutaba de una inmensa nta, y se desesperaba con la ea de perderla a su muerte, puso al frente de una sociedad clandestina, que no busba ya la piedra filosofal, sino inmortalidad. Esta secta se nía en un castillo de la gran isla del lago de Bolsena. El conde había jurado hacer un descubrimiento más útil para la humanidad que el de un nuevo mundo. Se encontraba en el vigor de la edad y se sentía casi seguro de no ser sorprendido por la muerte antes de haber encontrado el secreto que buscaba. Muchas experiencias fracasaron; pero no por eso la sociedad se desanimó. Se repetían los experimentos; se estudiaban las plantas de las cuales eran extraídos los jugos que se combinaban con venenos y plantas alimenticias para neutralizar los principios de la muerte, con el vigor del elemento de vida. A la luz de la luna en el mes de marzo, se tomaba la cicuta con la mano izquierda, poniendo la derecha sobre el hombro y se pronunciaba en voz baja la palabra infalible, que quema el papel en que se escribe o los labios que la pronuncian.

Se agotaba la ciencia de la nigromancia; los adeptos se consumían rendidos por las largas vigilias, y morían desesperados, pensando que una hora más de existencia les habría iniciado en el gran arcano que daría a sus felices cofrades cuerpos inmortales.

La sociedad no admitía en su seno sino a hombres enérgicos, cuyo coraje indomable hubiera ya triunfado en las formidables pruebas de la admisión. Las pruebas eran impresionantes: el candidato era conducido con los ojos vendados a ciertos subterráneos, donde rugían las aguas del lago de Bolsena; se oían ruidos, voces, gemidos; el agua goteaba sobre él como una lluvia helada. Sobre su cabeza atronaba una rueda de molino movida por la violencia del agua. Si el paciente pedía gracia, dos vigorosos brazos lo aferraban y se le hacía tomar un narcótico; al despertarse, se encontraba solo, muy lejos, sobre una colina de los Apeninos.

La ceremonia de la iniciación no era siempre la misma; algunas veces se colocaba al futuro adepto, de noche, sobre un pedestal de granito que dominaba la cascada del Righi: le ordenaban que no se moviese, sucediera lo que sucediera. Al principio, todo era tranquilo, pero a una determinada señal el silencio de la noche era roto por el espantoso estruendo de las aguas que caían a pique en el abismo. Uno de aquellos infelices tuvo un sobresalto de terror y se precipitó en el vacío.

Le hicieron magníficos funerales y fué nombrado adepto de la inmortalidad después de su muerte. El diploma póstumo fué depositado en su tumba.

Un día entró en la sala de las sesiones un adepto que gozaba de gran consideración; era apodado el Viterbese.

Los pormenores de su magno proyecto han sido perdidos, pero nos consta que se apoyaba en la idea —rigurosamente ortodoxa, por lo demás— de que la muerte no es connatural en el hombre, sino que la heredamos de Adán, que la adquirió mediante el pecado. La muerte es una degeneración, un mal hereditario del que nos podemos librar. Todo está en que recuperemos la perdida inocencia del Paraíso. Eva y Adán, antes de probar la manzana, eran inmortales, y a nuestra raza no le está vedada, por consiguiente, esa posibilidad portentosa de no morir.

Desgraciadamente, el inventor de la inmortalidad pedía doce o quince años para hacer gozar a sus cofrades del triunfo de su experimento. Pero lo más difícil estaba hecho; lo demás no era sino un juego de niños.

La sociedad decidió armarse de paciencia.

Antes que nada, el Viterbese pidió una niña de tres años y un niño de cuatro, lo más lindos posible.

Los adeptos eran ricos y poderosos y habitaban un país libre. Se encontraron fácilmente los niños pedidos, que fueron criados clandestinamente en la campaña de Bolsena. Se les dieron, respectivamente, los nombres de Vita y Raggio. Fueron encerrados por separado en dos jardines circundados por altos muros, pero llenos de distracciones y de todo aquello que contribuye a desarrollar la salud del cuerpo. Eran dos deliciosas prisiones, con verdes canteros, bosques de naranjos y fuentes de agua viva: en suma, el paraíso terrestre.

Se trataba de vigilar todos los movimientos de los niños sin dejarse ver y depositar los alimentos de noche, mientras ellos dormían. Los guardianes debían entregar su informe al presidente de la sociedad: y así se hizo.

Vita y Raggio tenían la edad que no conserva ninguna imagen del pasado; su vida no había comenzado aún, por así decir, cuando entraron en el jardín que debía servirles de universo.

Con el andar de los años, sus recuerdos debían reducirse a aquellos caminitos en que dieron sus primeros pasos.

Vita y Raggio, como hemos dicho, estaban separados; sin embargo despertaban a la misma hora, jugaban con las flores de los prados, imitaban el canto de los pajaritos, y se sumergían en las piletas cuya frescura matinal los hacía estremecer y reir a carcajadas. Luego comían alegremente las provisiones que encontraban, sin preocuparse de la invisible providencia que los alimentaba; después dormían.

El socio de Viterbo habitaba un castillo cerca de Monterosi. Iba regularmente todas las semanas a la isla de Bolsena para leer los informes de los guardianes y observar secretamente a los niños en sus progresos; luego los socios se reunían haciendo mil preguntas al Viterbese, que las contestaba como un oráculo.

★

Pasaron doce años; una noche, en la estación de la vendimia, a las doce en punto, un hombre agitó la campana del peregrino en la puerta del castillo del conde de Bolsena: era el adepto de Viterbo, a quien el conde esperaba.

El castillo estaba situado en un lugar admirable. Circundado por altas torres y muros como una ciudadela, se levantaba en la cumbre de la colina, dominando la magnífica campiña que un horizonte circular de montañas cerraba por doquier; y desde la terraza la vista abarcaba toda la extensión del lago, las islas y los bosques de olivos que lo coronaban.

El conde, lleno de respeto como todos los socios, por la profunda ciencia del Viterbese, no osaba interrogarlo, y esperaba con impaciencia la primera de sus palabras para recibirla religiosamente.

—¿Cómo están mis hijos? —preguntó por fin el Viterbese.

—Gozan de una salud maravillosa —contestó el conde.

—Hermano de Bolsena —dijo el hombre de Viterbo—, ¿el bote estará listo antes que aclare?

—Sí.

—Es necesario velar y no dejarse sorprender por el sueño.

—Hermano de Bolsena, ¿qué hará usted de la vida cuando su cuerpo sea eterno?

—Me divertiré... viajaré... gozaré de la vida bajo todas las latitudes. Y usted, ¿cómo piensa emplear su eternidad?

El hombre de Viterbo se levantó; sus negros ojos brillaron, su frente se contrajo... Tendió el brazo a la isla, diciendo con voz solemne:

—Moisés guió a los hijos de Israel a la tierra prometida, y murió antes de entrar en ella; Moisés había pecado y así debía suceder. Es siempre necesario que un libertador se sacrifique por sus hijos.

★

A la hora convenida, los dos adeptos saltaron en el bote, y el viento los empujó rápidamente hacia la isla.

Desde puntos opuestos, otros botes habían conducido a los compañeros. Se reunieron en la sala común, donde reinaba el más profundo silencio; oscura era todavía la noche. El Viterbese, habiéndose asegurado que Raggio dormía, hizo derribar la pared que separaba los dos jardines. Luego impuso silencio y ordenó esperar el alba.

Vita entraba en su décimo quinto año; Raggio contaba un año más. Pero la existencia natural que llevaban había desarrollado sus cuerpos admirablemente.

Los dos jóvenes despertaron al canto de los pájaros, según su costumbre. Los jardines no eran muy vastos; se vieron, pues, casi simultáneamente y ambos soltaron una carcajada. Raggio, más atrevido, adelantó cautelosamente y miró al otro jardín; la niña dió un grito, y Raggio se detuvo, con los ojos fijos en ella.

No hay palabra bastante enérgica para describir el sentimiento que conmovió a aquellos dos seres, revelados el uno al otro de semejante manera...

Pronunciaron palabras que no correspondían a ningún lenguaje humano, pero que para ellos eran la traducción de una idea; permanecían en su lugar sin avanzar un paso, temerosos de que aquella imagen, cuya vista les daba tanto placer, tanto terror y tanta sorpresa al mismo tiempo, desapareciera para siempre.

El jovencito inició la conversación entonando una melodía aprendida de las aves del aire, y ella le contestó en el mismo lenguaje. Debieron reconocer en ese momento que pertenecían a la misma especie.

Entonces se sonrieron mutuamente y se acercaron; Raggio puso los pies en el jardín de Vita; por la primera vez las mejillas de la niña se iluminaron de rubor.

Los adeptos habían quedado en la sala común; el Viterbese y el conde asistían secretamente a aquella escena y no perdían un movimiento de los dos jóvenes.

—¿Ve usted a mi Eva? —dijo el Viterbese—; ella es inocente y se cubre; el pecado de su madre le dejó por herencia el pudor.

Raggio había cruzado el arroyito; una de sus manos oprimía la mano de Vita, y con la otra levantaba los cabellos que cubrían el rostro y el pecho de la niña... Vita reía y oponía sólo una débil resistencia... Tenían muchas cosas que decirse, pero de sus gargantas no salieron sino sonidos inarticulados y gorjeos de pájaros. Vita reía. Llamó a Raggio con un movimiento de cabeza que quería decir:

—Ven...

Y lo llevó al lugar donde se depositaban los alimentos durante la noche, y le hizo señal de comer.

Raggio obedeció; la chica, viendo que Raggio comía como ella, saltó de placer, palmeó, y cantó como los pájaros. Se sentaron juntos y se desayunaron alegremente; bebieron agua de la fuente y luego se lanzaron en la piscina, divirtiéndose como dos tritones.

El Viterbese dijo:

—Ordene al hermano sirviente que me traiga el vino de Monterosi y mi copa de plomo.

La orden fué transmitida y ejecutada inmediatamente. El adepto parecía agitado por una crisis nerviosa; sus labios se estremecían convulsivamente.

Los dos jóvenes corrían por el jardín como dos criaturas. Vita, ligera como un pájaro, se detenía solamente para recoger flores que se ponía entre los cabellos, y así adornada se mostraba a Raggio triunfalmente.

Raggio dejó súbitamente de seguirla en el laberinto de los árboles del jardín; su alegría cedió el lugar a una expresión melancólica; luego se reconcentró en sí mismo, como para despertar, en un pasado que no existía, vagos y misteriosos recuerdos, que seguramente sólo le habían venido en sueños.

Sentía que una fuerza irresistible lo impulsaba hacia la niña; sin embargo, un sentimiento contrario lo retenía. Vita se acercó entonces a él y dejando caer su cabeza sobre su hombro, con amorosos gorjeos pareció decirle:

—¿Estás ofendido?

Raggio, con las mejillas encendidas, el pecho anhelante, los ojos húmedos de llanto, tomó las manos de la niña como pidiéndole perdón. En esos dos seres, con prodigiosa rapidez, comenzaba una pasión que no necesita palabras para hacerse comprender... Un instinto incontenible llevó los labios de Raggio hacia aquel semblante de mujer.

—¡La hora ha llegado!... —dijo el Viterbese—. Hermano de Bolsena, tome esta carta; la leerá después de mi muerte.

★

Entonces el adepto de Viterbo abrió una puerta secreta, entró furtivamente en el jardín, y desnudando un largo puñal, hirió tres veces a los dos jóvenes; luego hundió el arma en su propio pecho.

Todos los socios acudieron al lugar de la catástrofe, sobrecojidos de asombro, pero no de compasión.

—Hermanos —dijo el conde—, He aquí el diploma de la inmortalidad que me dió nuestro hermano de Viterbo antes de morir. En seguida leyó:

—Mezclad dos gotas de sangre de Vita y de Raggio con el vino vertido en mi copa y bebedlo diciendo: ¡Inmortalidad!

Así se hizo. Fué un día de orgías, una noche de delirantes excesos.

Se bebió en honor de Satanás, se imprecó a Dios, se maldijeron a los ángeles... Antes de separarse, los adeptos decidieron reunirse una vez más para adoptar un común sistema de vida inmortal en una deliberación solemne. El decano de la sociedad debía presidir la reunión. Los adeptos se sentaron, esperando al presidente, que se demoraba...

Al fin, impacientes, fueron a buscarlo a su casa. El presidente no podía venir ni podría hacerlo nunca.

Estaba muerto.



ILUSTRACION DE GUIDA

ULTIMA AVENTURA DE LAZARO RAMOS

EN la noche terrible que se apodera de las almas al menor descuido. Destrozado, herido, con coágulos de sangre en la boca, Lázaro Ramos, único sobreviviente de la fragata "Santa María del Perdón", hace un terrible esfuerzo, y lanza un grito. Es un angustioso llamado, un aullido de desesperación.

Pero en la colonia de Santa Ana todo es inútil. Puede gritar hasta el cansancio. Nadie lo oirá. Y aunque los pobladores sintieran su clamor, lo dejarían abandonado sobre esa tierra fría, eternamente sola. En Santa Ana no se conoce la hospitalidad. Los hombres son huraños, recelosos, inhumanos. Las mujeres viven sometidas a la dura esclavitud de esos hogares primitivos. Temen a sus hombres. Allí no hay nada más que tierra, rocas, el mar, el cielo. La tierra es hostil, las rocas desnudas tienen una blanca claridad, el mar implacable domina esas vidas con su misteriosa amenaza, el cielo perpetuamente liso tiene un brillo tajante.

★

Lázaro Ramos está allí, bajo la frialdad de las estrellas. Siente dolor, hambre. Una onda de frío lo penetra a pesar de la fiebre; sus ojos ven restos de sombra, unas blancas estrellas y un cielo pálido que sobre él desciende. En su delirio se siente rodeado de laminadas claridades, de islas errantes y aguas voraces, de rostros amigos que ya no verá más. En su delirio oye la voz del capitán del "Santa María del Perdón", el balbuceo de la madre, en la lejana tierra; la última palabra emocionada de Guillermo Rose:

—¡Hermano!

★

Dos trozos de mástil le habían servido de asidero. Dos trozos de mástil, unidos en cruz, que las aguas llevaron con rumbo incierto. Oyó los gritos de sus compañeros; después, entre el ímpetu de las corrientes, aferrado a las tablas, creyó en su último momento. Pudo decir unas palabras de plegaria.

Pero con la primera luz comprendió que estaba salvado. Vió tierra. Sintió la tierra.

Amanece. Una pequeña claridad nace en el mar, se extiende sobre las aguas; una lenta luz desciende del cielo, un tenue fulgor se desliza por las rocas.

En Santa Ana sólo viven pescadores y una miserable tribu de yaganes. Ellos lo miran con recelo, como a un enemigo, y se alejan.

Hay una súplica en los ojos de Lázaro. Pero nadie entiende de piedad. Sin embargo, un pescador lo cubre con un cuero de guanaco. Allí habrá de quedarse hasta que muera.

Es en el ocaso, cuando una tristeza horrible cae y los hualas gritan anunciando la noche. Ana Larsen, acompañada de uno de los indios yaganes y de su perro, está al lado de Lázaro. El tendrá un refugio. Las cuatro tablas de la casa de Ana Larsen le servirán de abrigo contra el frío blanco y la noche despiadada.

★

La casa es baja y espaciosa. Hay un fuego apagado, una cama de cueros de carnero, una manta hecha con plumas de pájaro, pieles de guanaco, pieles de lobo marino, canastas de junco, jarros de madera, sacos de tripa de pescado.

Pronto en la hornalla de piedra brilla un fuego y hay una llama que da bienestar y calma. Lázaro siente el calor del fuego y nace en su espíritu una alegría infinita. Siente las manos tibias de Ana sobre su frente. Ve unos ojos claros y tristes. Oye unas palabras que no comprende y se hunde lentamente en el sueño.

Fueron días de penoso delirio.

—He visto pájaros y maderas... perdidos... estrellados... navíos... sepultados en el Estrecho...

Daba un grito y Ana trataba de reanimarlo para que Lázaro volviese a la realidad; para rescatar aquel cuerpo de la muerte. Así, por sus palabras entrecortadas, conoció su historia. Así supo todo lo que había sufrido.

★

El "Santa María del Perdón" era un viejo buque que hacía la carrera de las Indias: el Océano, el Estrecho de Magallanes, el Pacífico. Había sido construído para pontón, pero fué armado en guerra y cargado de aparejos y pertrechos militares, de fardos y mercaderías de toda especie. La tripulación estaba compuesta de hombres cansados y abatidos, de soldados inválidos, de marineros gastados en la navegación de los mares de las Indias.

Fué al entrar al Estrecho cuando estalló la epidemia. Todos tenían la piel terrosa y seca, dolores fulminantes, derrames sanguíneos y un surco de sangre en los labios. Sólo hubo muertes, muertes.

En el Golfo de las Penas un recio temporal despedazó el velamen, rompió obenques, tumbó la nave a babor. Fracaso y nada más que fracaso. Fueron arrojados al mar sesenta hombres en una semana. Hubo un motín al doblar el Archipiélago del Cuervo. La lucha fué sangrienta y los cabecillas fueron colgados de los obenques del mesana. A la altura del Cerro Monte Miseria, la variación vertiginosa de los vientos hizo que la marejada rompiera las cadenas de vigotas. Los botes fueron destrozados por el huracán del Oeste. Tuvieron que suplir la pérdida del palo de mesana con botalón de las rastreras, pero esto y el remiendo de las jarcias —alivio pasajero— los obligaron a desprenderse del ancla de proa. Las olas barrían continuamente la cubierta. Muchos hombres desaparecieron tragados por el mar. Navegaban hacia las Islas Desventuradas. La tripulación pidió que se pusiera proa hacia el Oeste, pero el capitán persistió en seguir derechamente rumbo a las islas. Estalló otro motín. El capitán fué asesinado.

En ese día rómpense los estribos que afianzaban los stays de proa y cae el palo de trinquete. Fatigas. Enfermedades. Pasó tiempo antes de que volvieran a drizarlo.

En vano intentaron dirigirse hacia el Sur, apartándose de las costas, pero ya era tarde. Un furioso huracán los arrojó sobre las rocas. El contramaestre gritaba como un loco. Tenía la manía de matar. Tuvieron que ultimarlo.

Los marineros, ya sin esperanza, se embriagaban para no sentir la muerte. En esa noche pavorosa, algunos, los más serenos, trataron de largar las gavias para apartarse de la costa, pero el viento las arrancó violentamente.

El buque encalló, un nuevo choque lo tumbó de costado, las olas comenzaron a barrerlo. Se oyeron gritos de alerta. Los enfermos en el último grado del escorbuto, se ahogaron, sin un grito. Golpes, olas que estallaban, y una monstruosa marejada que hizo de "Santa María del Perdón" una cosa débil e indefensa. El timonel no abandonó su puesto. Murió allí. Lázaro vió la última sonrisa destrozada de Guillermo Rose:

—¡Hermano!

★

La noche caía sobre Lázaro, martirizándolo con su sombra densa y su enorme silencio. Se sentía cercado por el recuerdo implacable. Veía los rostros sufrientes de sus compañeros —ojos desesperados, bocas contraídas— y un sufrimiento más atroz que el de aquellos momentos que había vivido se apoderaba de él y despertaba en un grito de angustia.

Pero Ana Larsen estaba allí para consolarlo, para animarlo con sus palabras tan impregnadas de emoción que parecían extrañas en aquellos lugares donde no había nada cordial ni piadoso. Sólo ella, sólo sus ojos claros, su balbuceo, su leve sonrisa.

Estaba allí, ante él, custodiando aquella vida desconocida, sobre la cual creía, a veces, ver descender la muerte.

Tenía el presentimiento doloroso de que la muerte estaba cerca y sus manos temblaban al tocar las sienes afiebradas de Lázaro.

★

La vida en Santa Ana no cambia nunca. De día, la pesca de focas. De noche, cuando la luz de las estrellas desciende sobre el mar, salen los hombres en sus canoas. El peligro acecha por todas partes, pero las vidas allí no valen nada. Es necesario obtener buena pesca. Las corrientes del estrecho son traicioneras, y muchas veces devuelven a la aldea tablas rotas, restos de velámenes y cadáveres comidos por los peces.

Van hacia el Cabo de Barreras Blancas. Llevan antorchas de abedul que agitan en la sombra. Van hacia allí donde duermen pájaros blancos, que caen sobre las tablas de las canoas, enceguecidos por la luz de las antorchas.

Y en la tierra, en la profundo de la noche, se sienten los gritos de la indiada, sus cantos monótonos, sus agudos gemidos. Los yaganes se reunen alrededor de las hogueras. Invocan a sus dioses de madera, de piedra y de barro, a los que ofrendan su dolor y su sangre. Los gritos y los cantos se entremezclan con los aullidos, bailan furiosamente, llevan encendidos tizones a la boca, y se hieren con afiladas piedras y con tajantes conchas de marisco. El olor de la sangre los enceguece, arrojan espuma por la boca. El clamor de la tribu es un impresionante grito de animales salvajes.

★

En la alta noche Ana Larsen vela. Oye esos aullidos que llegan en confuso rumor y le traen recuerdos de su pasada vida, de los días en que su padre volvía taciturno de la pesca, los días en que sentía la paz de aquella vida simple, y sobre todo, de aquella mañana en que lo encontró muerto. La mañana era helada, el viento cortante y el sol un disco pálido en el horizonte lejanísimo.

Su vida fué desde entonces una cosa sin sentido, pobre y doliente. Sintió el vacío de su soledad, pero no quiso abandonar aquella cabaña donde había un recuerdo en cada cosa.

Sintió miedo. Sus días de duda y de vacilación fueron una espesa mezcla de ensueño y de sucia realidad.

Ahora mira el rostro de Lázaro. Oye su queja, sus palabras tan débiles. Está tendido en el camastro y la luz retorcida y gimiente de la lámpara da a su rostro un poco de tristeza. En la calma de la noche Lázaro la llama. Necesita su mirada clara, sus manos tibias.

—¡Vivir así! ¡Vivir así... —dice Lázaro amargamente.

—Hay que esperar.

—¿Qué?

—Algo.

—Si no hay esperanza... Se que moriré... ¡Y lo que sufrí! Las miserias que tuve que aguantar... el hambre... el frío... pero ahora... ahora no quisiera morir...

Aprieta las tibias manos de Ana, la mira en silencio. Después, cuando él duerme, ella llora amargamente.

★

El otoño entre los abetos. Una luz grave cae sobre los árboles de tronco blanco y hojas pequeñas que tiemblan. Una lenta melancolía en los días misteriosos y profundos. Y siempre lo mismo, la misma soledad, el mismo silencio, la misma queja de Lázaro.

Soledad. Silencio. Y Ana Larsen siempre con el miedo de encontrarlo muerto. Vida de todos los días, simple como la tierra. El amanecer blanco. El frío corta las manos y la cara. Los ponchos no bastan. El agua está helada. Sólo se está bien al lado del fogón negro. La leña que cruje. El chisporroteo. Una pequeña llama y el humo que se eleva. Se calientan las manos en el fuego. Después Ana Larsen sale. El se queda solo. El día comienza así.

El cielo en lo alto, amenazante; abajo la tierra blanca. Un viento helado golpea en la puerta de madera, las carcomidas tablas.

★

Lázaro está con los ojos abiertos. Ana le aprieta las manos con dulzura.

Es mediodía. Sigue soplando un viento helado. El sol ya no se ve.

Lázaro llama lentamente:

—Ana... Ana...

Su voz es angustiosa. Ve unos ojos claros, una sonrisa triste. Después una sombra fría, final. Ana Larsen siente la terrible soledad.

por

González Trillo y Ortiz Behety

Ilustraciones de Rechain



El Destino Burlado

DIGAME, ¿usted cree en el Destino?

Noto que se sonríe. ¿Por qué? Le parece infantil mi pregunta. Yo quisiera que la contestara categóricamente: ¿Cree o no cree?

Bueno. Importa poco. No he de insistir. Su indiferencia o su reserva, me van a ser útiles y deseo aprovecharlas en el extraño caso que puntualmente le voy a relatar. Es el de mi amigo Primitivo Roite. como ya falleció puedo contarle a usted toda la vida de él, que aunque vulgar en los detalles tiene, abarcada panorámicamente, un gran interés para mi duda y para su indiferencia sobre el Destino.

Yo le voy a contar el caso. Usted me ayudará después a resolverlo. Atención, amigo:

Cómo se inició en las actividades científicas se lo diré después, pero es el caso que yo lo conocí ya colaborador del doctor Luerco. Creo honesto declarar que yo concurría al consultorio de aquel médico y mientras aguardaba turno para la consulta, el finado conversaba. Me conversaba. Era locuaz. Sí, muy locuaz. Ahora le voy a enterar de lo que yo oía.

Me dijo un día lunes:

Del maestro de mi escuela, no conservo más que dos recuerdos. Uno interno y otro externo. Los dos en la cabeza y contemporáneos a la época en que aprendí a leer. Por fuera, los cincuenta o sesenta pescozones que me atizara con el puntero.

Por dentro, el deletreo de esta palabra, más que leída sobre la cartilla, recitada por sabida de memoria: "pe a, PA; jota a, JA; ere i, RI; te o, TO; y que yo, por una razón que no me explico, leía: "Pajarito".

Este inconveniente, grave inconveniente, en la lectura al que luego se unían otros más en la clase de aritmética (3 por 2 muchas veces fueron cuatro o seis para mí) fueron la causa de los pescozones. Fué entonces, continuó mi amigo, que el señor Lúcas — mi maestro — tonante como un Júpiter, me asestó esta profecía definitiva, juntamente con un punterazo:

—Tú, nunca serás nada. ¡Eres muy, pero muy pollino!

Aquí terminó nuestra conversación. Me tocaba el turno de la consulta.

Al miércoles siguiente, mi amigo continuó su charla. Decididamente me había tomado para confidente de sus desahogos. Y empezó:

—¿Recuerda en donde quedamos el lunes, antes de ayer?

—Sí, — le respondí. — ¿No quedamos en que usted era un pollino?

Orientado, retomó el hilo:

—Pues esa maldición pedagógica fué y es mi constante preocupación. Cada día que pasa yo la compruebo en constante cumplimiento y eso me mortifica. Me achata. Fíjese, escuche, que continúo:

Mis padres eran dos, mis hermanos eran siete y nuestras necesidades, diez. Yo, por ejemplo, nací con un apetito bárbaro y tuve que abandonar el estudio para acudir a ella y a todas las otras de mi familia. Esto me causó profundo dolor. El maestro vería así cumplida su profecía. Por otra parte mi gran pasión es la de ser ilustrado.

Usted no sabe con qué cariño, con qué ternura, desempolvo los "traités, considerations, essais y discours" que son los libros en que el doctor, mi señor y patrón, estudia. A veces, también los hojeo. Mi afán es desmentir al maestro aquel que tuve. Pero esos libros, es una lástima, están en francés, lo que me impide leerlos del todo...

E interrumpiendo bruscamente el relato me preguntó a boca de jarro:

—¿Usted sabe francés?

Como le contestara negativamente, agregó con cierto atisbo de superioridad:

—Pese a todo, no es lengua difícil. Y sino vea. Yo sé, sin que nadie me lo haya dicho ni enseñado que "chirugie" quiere decir cirujía; "cientipfique", científico; "traités", tratados, etc. Dígame, señor, ¿no le parece que yo tengo facilidad para aprender el francés?

Había tal candorosa ingenuidad en su pregunta que asentí conmovido hasta las lágrimas:

—¡Oh, sí, mucha facilidad!

Y prosiguió:

—Ya ve, entonces, cómo hube de truncar mis estudios. Le decía que mi pobreza me impidió ser hombre ilustrado, y es cierto. Más crecido, como mi necesidad también aumentara, tuve que emigrar. Abandonar mi tierra. Erróneamente, pensé que ella con toda su riqueza era incapaz de mantenerme y así esa hambre antipatriótica me extendió terminante orden de destierro. Pero como le dije, fué equivocadamente, porque, sépalo usted, ¡como mi tierra, no hay tierra!

Puso tal calor en esta última afirmación que me felicité de no haberle manifestado lo contrario.

—¡Segundo, Segundo! — gritó el médico desde dentro del consultorio y a su llamado, Roite abandonó la conversación y me dejó sólo. Entré a revisarme y el final, quedó para la próxima visita.

Ya estoy en ella y conmigo, ya está, asimismo, Roite, contándome su vida. En fin, yo creo que esta tarde ha de terminar su relato. Comenzó así:

—De recién llegado, tenté varias ocupaciones. Fuí peón de almacén. De un colmado, como le decimos, allá. A los siete años, me establecí con negocio; pero con tan mala suerte que tuve que cerrarlo. Allí perdí todos mis ahorros. De nuevo me puse a trabajar, echándome la cuenta que había nacido otra vez. Sin un centavo y lleno de necesidades, era hijo recién nacido, de mis mismos padres anteriores.

Para que esta situación fuera más exacta recordaba aquellas palabrejas del señor Lúcas, las cuales, naturalmente, me irritaban pues palpaba su certeza:

—Tú, nunca serás nada. Eres muy, pero muy pollino. Y llegué hasta decirme: ¿Acaso yo no sabía ya sumar y leer? ¿No había corregido mi pronunciación defectuosa?

Al fin vine a servir al doctor. Ya van para quince años, pues cabales lo serán el 29 del mes que viene. Y si aprendí, durante este tiempo. Sin jactancia, me considero un gran ayudante. Dar inyecciones, preparar las gasas, desinfectar agujas, tenacillas, todos estos menesteres que tienen su importancia desde que él me los manda hacer, los llevo a cabo perfectamente.

Muchas veces he pensado que había conseguido alejarme la preocupación de las palabras del maestro. Estoy seguro que, al fin, me encuentro donde debo estar y donde prosperan mis inclinaciones. Y yo también. Y bajando la voz me confiesa:

—Vea, se lo digo en confianza: ¿No sabe que ya me he hecho una casita?

Pasó mucho tiempo. Por haberme curado dejé de concurrir al consultorio del doctor Luerco. Un buen día, por la mañana, leyendo el diario, me entero de la muerte de Roite. Debajo de su nombre que ocupaba el espacio íntegro de dos columnas, una línea rezaba así: "Fué un mártir humilde de la ciencia".

La información decía cómo Roite, mientras asistía al doctor Luerco en una intervención se había infectado con las pinzas y el bisturí utilizados en la misma, contrayendo la septicemia fatal que lo llevó a la tumba.

Mi asombro se estiró hasta lo indecible. El, Roite, mártir de la ciencia!... Efectivamente, no había duda. Segundo Roite, decía el diario. Y pensé para convencerme:

—Si a un peatón lo aplasta un ómnibus, es una víctima del tráfico; si a un marino se lo traga el mar, es una víctima de él. Sí, Roite era eso. Lo que decía el diario.

Pero lo más extraño de todo, no es lo dicho. Hay algo más.

Empieza a estudiar y se anuda como estudiante, por necesidad. No es hombre ilustrado. Sigue su vida en busca de pan. Empieza como peón y en seguida llega a patrón. Abolido como peón, al poco tiempo ya no es patrón. Fracasa. Descorazonado, por sus descalabros que le recuerdan una frase lapidaria de su maestro la que comprueba en fatal cumplimiento, llega hasta lo del doctor Luerco. Se conchava allí. Malgrado su rudeza, es útil, aprende, ahorra y al fin, consigue una muerte noble, bella. Igualita a la de un mártir de la ciencia... Tanto que hasta los diarios hablan de él...'

Pero, ¿qué me callo? Falta el detalle principal. Recuerdo ahora que una vez, mi difunto amigo me dijo:

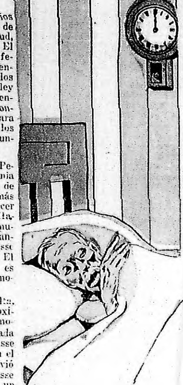
—Sépalo, señor. Yo, no me llamo Segundo. Mi verdadero nombre es Primitivo Roite. Yo, soy un homónimo del doctor. O tocayo, como se dice aquí. Cuando entré a trabajar con él, me impuso la condición de que me buscara otro nombre, porque le molestaba llamarme por el mío verdadero que también era el de él. Y yo, por tal de tener ocupación, me hice llamar Segundo..."

¿No le parece a usted, amigo, que Primitivo Roite, no fué nada porque burló su destino?

JUAN EDUARDO ROMERO

AVISOS DE MUERTE

LA premonición es el capítulo más apasionante, más incomprensible, y por eso mismo el más interesante de la ciencia que yo he llamado metapsíquica. La palabra premonición significa el conocimiento del porvenir por medio de vías que no son las vías sensoriales comunes, por intuiciones que no dependen de la perspicacia ni del razonamiento, ni de la lógica. Daremos algunos casos muy interesantes de premoniciones de muerte:



1

El señor Dencausse, de 76 años de edad, anuncia en mayo de 1916, a pesar de su buena salud, que morirá antes del invierno. El 24 de octubre dice conocer la fecha de su muerte y que ésta tendría lugar el día de "Todos los Santos". El 28 de octubre, Geley llamado para atenderlo, no le encuentra más que una ligera bronquitis. Pero Dencausse le declara que morirá el día de Todos los Santos, a la media noche en punto, sin sufrimiento ni agonía.

El lunes 30, todo iba bien. Pero el martes 31, una pneumonía se manifiesta con fiebre. El 1o. de noviembre, Dencausse estaba más débil, pero podía hablar y hacer sus últimas recomendaciones. Hacia las 11.30 pregunta a su mujer: "¿Qué hora es?" Para tranquilizarlo, la señora Dencausse dice: "Las dos de la mañana". El enfermo responde: "¡No! No es medianoche; a medianoche moriré".

A medianoche se dió vuelta, dando cara a la pared. Se aproximaron a él. En ese preciso momento sonó la primer campanada de las doce. Sin hablar, Dencausse levantó la mano, señalando con el dedo el reloj, pero la mano volvió a caer sobre el lecho. Dencausse acababa de morir sin exhalar un suspiro.

2

La señora Bourges, mujer de un capitán, cuenta que siendo niña (nueve o diez años) vió de pronto en el momento que iba a salir de paseo, un catafalco negro rodeado de cirios y un cadáver extendido inmóvil sobre el catafalco. Enloquecida se puso a llorar y gritar, diciendo: "¡Mamá, alguien ha muerto!" Cayó enferma de miedo. Tres días después, su padre era atacado por una súbita indisposición y miró a su hija con un aire tan extraño que ésta dijo: "Mamá, cuando uno debe morir, ¿cómo mira? Algunos instantes después, el padre de la señora Bourges había muerto.

3

Mis Geraldine de Roberck fué llamada por su hermana a Bloemfontaine (Transval). Antes de su partida, soñó que veía un hombre joven que, apretándole la mano, le dijo: "Estoy solo en el mundo, perdido en este lejano país. Hágame compañía para hacer nuestro camino juntos". Miss Geraldine cuenta que en seguida de oír esta frase seguía junto al joven y llegaban a un ómnibus en el cual éste subía y que estaba ocupado nada más que por parientes y amigos muertos de Miss Geraldine. Cuando llego a Bloemfontaine, encontró a un hombre joven que reconoció ser el mismo del sueño. Se comprometiron y él le dijo al partir para incorporarse al ejército: "Estoy solo en el mundo, perdido en este lejano país. Escríbame algunas veces". Cuando se separaron, Miss Geraldine sintió que no debían volverse a ver jamás y le dijo a su novio, poniéndole un dedo sobre el pecho: "Es aquí donde usted será alcanzado".

Cayó en una batalla, al año siguiente. Una bala le atravesó el corazón.



4

La señora Campbell, sueña que se encuentra en un entierro mientras una violenta ráfaga de nieve le impide leer el nombre grabado en el féretro. Percibe flores en abundancia y, en el centro, un gran ramo de rosas. Cuenta su sueño. Se le dice que eso será sin duda el anuncio de una mala noticia. Veinte minutos después recibía un telegrama que la llamaba a Montreal, donde una hermana suya había caído gravemente enferma.

Algunos meses después (ocho, más o menos) moría la hermana de la señora Campbell. Se la enterró en medio de una violenta tormenta de nieve. Flores en abundancia y en el centro un gran ramo de rosas.

5

En sueños, el señor Nolte ve a su sobrina Elena, niñita de seis años, aplastada por un tranvía. Cuenta su sueño y recomienda una prudente vigilancia.

¿Podemos escapar a nuestro destino? El mismo día, a las 17.30, la pequeña Elena ,al atravesar la calle ,es atropellada y muerta por un tranvía.

6

Una premonición de Cassandra (Mme. Frayá): A una dama extranjera le dice que ve una escena terrible, un arma, gritos, sangre. La dama se retira furiosa, sin pagar la consulta. A los pocos días de esto vuelve como aniquilada, cae de rodillas delante de Cassandra, le pide perdón: "Usted tiene un poder sobrenatural, don Carlos ha muerto asesinado". Era la querida del rey don Carlos de Portugal.

7

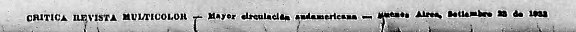
El caso de Vaschide, psicólogo distinguido y escritor original, es de los más curiosos. Dijo en su libro sobre la psicología de la mano que, aunque Mme. Frayá hubiera hecho profecías admirables (que él conocía), sin embargo era necesario reírse de la inocente credulidad del público en las conjeturas de las adivinas.

Pero hay fatalidades extrañas. Vaschide, aunque había negado las premoniciones, suministró él mismo un trágico ejemplo. En 1905, una gitana de Rumania le había predicho que moriría el año siguiente y, en 1904, Mme. Frayá, en presencia de la condesa de Noailles, le había anunciado que moriría a los 33 años, de una pneumonía.

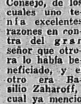
Y he aquí que Vaschide, que hasta poco antes gozaba de una buena salud, murió de una pneumonia, el 13 de octubre de 1907.

★

Los hechos de premonición que dejo aquí anotados, han sufrido una rigurosa verificación. Entrañan la convicción de personas de probada buena fe. A decir verdad, yo no aporto ninguna teoría nueva. Fiel a mis tradiciones y a mi deber de fisiólogo, me ocupo más de los hechos que de las doctrinas, porque todas las doctrinas me parecen bien frágiles, mientras que los hechos son numerosos, positivos, incontestables. Dr. CHARLES RICHET



Las Misteriosas Muertes de Loewenstein y Radziwill



★

Xavier de Hautecloque

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

★

NINGUN rasgo común entre el banquero Loewenstein y el príncipe Radziwill; aristócrata puro éste, gastó la vida derrochando riquezas y muere a consecuencia de una inyección tóxica la noche del 2 de marzo de 1927 en un hotel de lujo de Monte Carlo; banquero judío aquél, únicamente ocupado en especular y acumular dinero, el 17 de julio de 1928, en el Canal de la Mancha, donde "se" había precipitado desde su avión, es pescado, ya muerto, con la cara desfigurada por los animales marinos.

"El príncipe León Radziwill y el banquero Alfredo Loewenstein tenían los mismos enemigos, ambos se habían puesto en contra de la misma oligarquía omnipotente y despiadada.

La desaparición de estos dos hombres ha significado el triunfo de esta grandiosa "maffia".

Pues bien, de este triunfo nace, en gran parte, el actual desbarajuste europeo."

No se trata de presunciones sin fundamentos: ha habido años atrás una campaña en la prensa, seguida por un arresto y una condena de que nadie ha hablado.

León Radziwill, paladín de los nuevos tiempos

Nacido en Saint-Cloud el 6 de setiembre de 1880, el príncipe León Radziwill descendía de una familia que podríamos decir resume en sí la historia misma de Polonia y contribuye no poco a la creación de la Europa moderna.

Veremos cómo el vástago mantiene la línea con su gusto por las soluciones europeas de los grandes problemas económicos y políticos.

Concluídos sus estudios a la edad de 22 años, va a Méjico, donde lleva vida de "cow-boy" en las pampas de Nuevo León, en compañía del inseparable "valet", el fiel Clemente, que no lo dejará hasta el día de su misteriosa muerte, veinticinco años después.

Vuelve a Francia, se casa y fija su residencia en el castillo de Ermenonville, donde la enorme fortuna que le viene de la madre, una Blanc, de Mónaco, le permite mantener un fasto digno de un rey.

La guerra: A pesar de lo fácil que le hubiera sido emboscarse, se comportó heroicamente, llegando, grado por grado, hasta comandante, obteniendo la cruz y numerosas citaciones.

Y como si esto no fuera bastante, organizó un ejército de 40.000 voluntarios polacos, el primer ejército de una nación que en gran parte le debe su resurrección.

Su posición no le impidió, una vez terminada la guerra, correr tras de los placeres y goces que caracterizaron a aquella época. "Loche" (con este apodo se le conocía en los círculos de los amigos) seguía siendo el oficial de infantería acostumbrado a la frecuentación diaria de la muerte, liso, sencillo, no desdeñando los humildes, en quienes sabía despertar sincero cariño, independientemente del peso de sus trescientos o cuatrocientos millones.

Primer negocio: El cartel del acero

Ninguno de los que se han visto obligados a conocer personalmente las distintas clases de proyectiles bélicos, piensa que la guerra haya sido perjudicial para los intereses de los fabricantes de cañones.

Es una deducción inmediata de lo anteriormente dicho, que los fabricantes de cañones, cuando no forman una sola o misma persona con los fabricantes de acero les están unidos con vínculos indisolubles.

Si se hubiera llevado a cabo la federación de los fabricantes de acero europeos, no podía tener sino esta consecuencia, cosa de que no dudaron un instante los dirigentes de los trusts británicos, gente demasiado perspicaz para poderse equivocar: El Cartel del Acero europeo atacaría mortalmente su predominio.

Este privilegio económico es la base del poderío inglés, razón más que suficiente para explicar la enorme influencia ejercida en aquel entonces sobre los negocios exteriores del Reino Unido por Sir Basilio Zaharoff, "el hombre misterioso de Europa", el gran multimillonario británico, el rey del enorme Vickers".

El Cartel del Acero europeo existió durante algunos meses. Agrupaba las metalurgias belgas, francesas, luxemburguesas y alemanas (con Thyssen, entonces vencedor de los Krupp).

A este Cartel, el príncipe Radziwill había tenido la idea genial de ofrecer una base sólida e independiente de la alta banca anglo-sajona, asegurándose la colaboración del financista más audaz y poderoso de Europa: el banquero Alfredo Loewenstein.

Sin Basilio, "el hombre misterioso de Europa", su círculo de políticos ingleses liberales, los especuladores por cuenta de los "big five" de Londres, no podían de ninguna manera quedarse tranquilos y satisfechos de la parte que correspondía, a sabiendas o no, al príncipe León Radziwill, ex oficial de infantería francés, inoportuno paladín lanzado a la conquista de los nuevos tiempos.

Segundo negocio: Barrida a Montecarlo

No importa indagar y menos criticar que se vaya a este feliz rincón de la tierra a comprar la ilusión de ganar sin esfuerzo o a disipar fortunas al baccarat.

El hecho es que la ruleta de Monte Carlo traga pavorosamente inmensas fortunas, debidamente recogidas y repartidas por los dirigentes de la S. B. M. (Sociedad de Baños de Mar).

Sea lo que fuere, en 1926 el verdadero director de la S. B. M. era su principal accionista, heredero de la fortuna de los fundadores de Monte Carlo, el príncipe León Radziwill.

Teóricamente el príncipe no hubiera tenido que encontrar oposición a su voluntad ,por el hecho de que los accionistas que por importancia le seguían inmediatamente, nunca aparecieron en las sesiones del Consejo de Administración, pues por informes de muy buena fuente es conocido que este accionista "invisible" no era sino el Vaticano que ,parece, ha vendido, después de 1927 los títulos que tenía en una especie de acto expiatorio.

Sin embargo, el príncipe chocaba con la oposición oculta y manifiesta de dos miembros del Consejo, de los cuales uno tenía excelentes razones en contra del gran señor que otrora lo había beneficiado, y el otro era Basilio Zaharoff, en persona, del cual ya mencionamos las razones de animadversión y hostilidad para con el príncipe.

Hubo reuniones tempestuosas: el príncipe consiguió que Sir Basilio dejara de ocuparse de una sociedad de la cual, entonces, poseía tan exiguo número de acciones.

Sir Basilio renunció a esta actividad, provisoriamente.

Esto sucedía el año 1927, en que el príncipe murió de una inyección tóxica.

Alfredo Loewenstein: El financista romántico

Mucho se ha dicho y escrito de Alfredo Loewenstein. Novelas que parecen biografías y biografías que parecen novelas. Luego, silencio.

Un judío alemán naturalizado belga, agente de cambio en Bruselas, fué el padre de Alfredo Loewenstein, nacido el año 1877 en esa misma ciudad.

Alfredo Loewenstein cumple su educación en el Instituto Saint-Louis con muy buenos resultados.

Con la muerte del padre se encuentra recargado de deudas y en 1896, a la edad de 19 años, empieza a actuar en la Bolsa de Bruselas sin un centavo líquido.

El año siguiente ya ha ganado bastante como "para pagar las deudas heredadas, fundar la Casa Stellaerts et Loewenstein, la primera empresa del mundo que piensa explotar en grande la producción y la distribución de la energía eléctrica."

Nuevo salto en 1905: Loewenstein se junta con el viejo T. S. Pearson, que se ocupa de instalaciones hidroeléctricas en América, muerto luego en 1916 en el desastre del "Lusitania".

Loewenstein da el gran empujón a la industria hidroeléctrica, los negocios se acumulan: alumbrado de Río de Janeiro, tranvías del Brasil.

Loewenstein introduce los títulos de S. Pablo en la Bolsa de París.

En 1908 hace un matrimonio de amor, se convierte al catolicismo, establece en Bruselas, en el No. 61 Avenue Louise, la casa desde donde desviará el curso de las finanzas mundiales.

Estalla la guerra. Loewenstein es agregado como suboficial al aristocrático escuadrón de las guardias cívicas de Bruselas, pero por poco tiempo. Lo vemos trabajar en la oficina de información belga existente en Londres, a las órdenes del general Buys.

Tampoco dura mucho en este puesto, pues sus superiores belgas deciden enviarlo en misión especial a Holanda.

Nunca se ha podido averiguar si fué allí, ni lo qué hizo. Lo cierto es que después de algún tiempo con el grado de capitán inglés es encargado de la adquisición de cañones en Portugal. Pero más que de cañones parece que se trata de combinaciones financieras dirigidas por el "Intelligence Service" inglés.

Sigue hasta terminada la guerra como capitán inglés, vuelve entonces a Bruselas e inicia la serie de sus prodigiosas especulaciones.

Primera idea: "Los Holdings". Que las industrias produzcan y vendan es cuestión que les atañe únicamente a ellas; pero ellas dependen una de la otra, lo que quiere decir que dejan perderse ganancias que van de las industrias de transformación a las industrias de producción, para enriquecerse hasta remontar la corriente traficando los títulos de las empresas sin vínculos aparentes y que sin embargo encauzan la circulación de las monedas.

El arte está en saber elegir todas las industrias "esenciales" las que trabajan a pleno rendimiento, y que en el caso de una nueva guerra tendrían importancia vital.

Tales industrias son: las hidroeléctricas (en todos sus grados y formas) y la seda artificial (celulosa de donde derivan todos los explosivos).

Entre 1922 y 1926, Alfredo Loewenstein funda la "International Holding", que realiza el trust de todas las empresas de seda artificial y de productos químicos.

Al mismo tiempo crea la "Hydro Electric Securities Corporation", que reune los títulos de las empresas que explotan la hulla blanca en Bélgica, Alemania, Francia, España e Italia (obsérvese que Inglaterra queda excluída del trust).

Los negocios de estos dos frutos son controlados por una sociedad matriz que cargará al mismo tiempo con unas cuantas carteras accesorias: títulos de Estado y ferrocarriles mundiales. La Sociedad Belgo Canadiense.

En 1928, al tiempo de su desaparición la potencia nominal de los negocios de Loewenstein, según los balances, representaba 97.9690.000 de dólares, eso es más o menos 2.500 millones de francos invertidos en centros vitales de la tierra.

Algunas semanas antes de la muerte, la fortuna personal del banquero se elevaba a 12 millones de esterlinas, eso es al cambio de entonces a casi 1.500 millones de francos.

Los herederos obtuvieron solamente 620 millones de francos sin contar los impuestos. En la lucha financiera Loewenstein sufrió pérdidas fabulosas.

No se llega a la cumbre por encima de las cabezas de los adversarios sin crearse enemigos feroces.

Los enemigos de Loewenstein eran de dos clases: aquellos a quienes hacía competencia en el mercado mundial, aquellos otros a quienes, so pretexto de ayuda pretendía dominar financieramente.

Pueden clasificarse en dos grupos:

1°. El grupo belga, alemán y suizo, que reunía a los mastodontes de las finanzas y los gigantes de la electricidad. A éstos, Loewenstein les quería quitar el pan de la boca.

2°. El grupo inglés, el famoso centro de industrias conocido bajo el nombre de "British Celanese". Esta formidable empresa exportaba un procedimiento nuevo para la fabricación de la seda artificial.

En su Consejo de Administración había un general inglés un alto grado de la "Intelligence Service": pues no se repetirá nunca bastante que la producción de los trajes de seda es la forma pacífica de la producción de los explosivos.

La "British Celanese", dirigida por dos famosos sabios, Henry y Camilo Dreyfus-Calvel, había tropezado con graves dificultades financieras. Loewenstein le ofrece una cariñosa ayuda.

Los hermanos Dreyfus, el general del "Intelligence Service" y algunos otros semidioses de la orilla del Támesis, aceptan conceder a Loewenstein una participación financiera privilegiada en la "British Celanes".

Naturalmente, el secreto y la preponderancia de la maravillosa industria debían permanecer seguros.

Pero al poco tiempo empiezan a dudar, pues Loeweinstein dirige también una compañía de seda artificial belgo-francesa: La Tubize.

Se inicia una encarnizada batalla: Loeweinstein muere "accidentalmente" en un viaje de vuelta de Londres.

Ya atacados rudamente por el otro grupo enemigo (el trío belgo-germano-suizo) los negocios de Loeweinstein fracasan con la desaparición del jefe.

Con el "Cartel del Acero" un hombre puede modificar toda la situación estratégica y política europea. Este hombre es el príncipe León Radziwill. Y Francia no tiene nada que perder en eso.

Con los "Holdings" un solo hombre puede desplazar el centro de gravedad de las industrias europeas, prósperas tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra.

Este hombre además dispone de una cantidad de capital y de crédito hasta entonces desconocido en Europa.

Es Alfredo Loewenstein, y con sus planes y proyectos Francia no podía sino ganar.

Estos dos hombres se han conocido y han simpatizado, y no hay dudas que pronto habrían colaborado.

El príncipe León Radziwill ha muerto el 2 de marzo de 1927. Alfredo Loeweinstein ha muerto el 3 de julio de 1928; sus proyectos se han hundido como Loewenstein o están enterrados como Radziwill.

No nos estrañaría que estas fechas estuviesen marcadas con lápiz azul en el carnet de algunos "negociadores de muertes repentinas".

Sólo resta exponer lo que se ha podido descubrir acerca de estos dos accidentes.

El 1 de marzo de 1927 el príncipe pasó la tarde dando vueltas por las calles de Niza y encontró personas conocidas. Fuése al Hotel Cecil para ver a dos amigos a quienes no encontró. Volvió a Monte Carlo donde residía en el "Nouvel Hotel". Tomó su aperitivo en el "Sporting"; cenó en el "Café de París" con un oficial amigo. La exactitud de estos detalles se debe a los esfuerzos hechos para reconstruir el horario de la víctima minuto por minuto.

Después de la cena los dos amigos se dirigieron al bar del Hotel de París, permanecieron allí un rato y luego se fueron al "Nouvel Hotel", donde tenían sus respectivos alojamientos.

El príncipe se acostó tranquilamente para no despertarse más.

Cerca de las 3 y 1|2 de la mañana del 2 de marzo, una persona sale de la pieza del príncipe, camina rápidamente, llama la atención de un sereno (especie de policía particular al servicio del hotel).

El sereno la para. La interroga:

—¿Dónde va usted?

—Vengo de la pieza del príncipe Radziwill; por equivocación ha tomado tiroidina. Está mal.

El sereno encierra a esta persona en una pequeña piecita de seguridad y se dirige a la pieza del príncipe encontrándolo "tendido sin movimiento con una pierna afuera de la cama".

El muslo está hinchado y amoratado.

El policía "particular" vuelve a la piecita donde ha encerrado a la "persona sospechosa", pero ésta da referencias de amistades y protecciones tales, que el policía la deja ir, limitándose a pasar su nombre a la dirección del hotel.

Hasta la mañana nadie se mueve; nadie busca médico, nadie avisa la policía.

El 2 de marzo de 1927 a las 8 y 1|2, de la mañana, entra como lo hace todos los días, el "fiel Clemente", el "valet" inseparable, e inútilmente intenta despertar al patron.

Una investigación por demás difícil ha permitido identificar la "persona sospechosa", sorprendida al salir de la pieza del príncipe Radziwill.

Era una mujer rubia, aun seductora, a pesar de no ser ya joven.

La prensa no ha publicado su nombre porque en el caso de un atentado concertado, ella habría sido simplemente un instrumento de ejecución manejado por otros.

La mujer rubia tenía en su pasado ya otras circunstacias demasiado significativas. En 1921 se encontró en su pieza el cadáver de uno de sus amantes con un balazo en la cabeza: suicidio, se dijo.

En 1923, otro cadáver: un hombre muerto por excesiva ingestión de drogas. Un alto personaje lleva en el rostro los signos de golpes de navaja debidos a un cariño demasiado expansivo. La justicia no interviene.

No se permitió la autopsia del príncipe, pero ha habido quien, como el doctor Fiessinger, toda una autoridad médica no ha creído posible descartar la hipótesis del delito.

Detenida a su arribo en Francia, la mujer rubia fué puesta en libertad por influencia de un alto personaje político. Algún tiempo después fué arrestada nuevamente e intentó suicidarse; el tribunal la condenó a seis meses de prisión por uso de productos toxivos. Luego ha desaparecido.

Muerte de Alfredo Loewenstein

Las circunstancias de la muerte de Alfredo Loewenstein seguramente quedarán para siempre en el más profundo misterio.

Sube en avión el martes 3 de julio en Croydon (Inglaterra), más o menos a las seis de la tarde. En el Clark, una francesa, Mademoiselle Bidalon, un secretario, míster Chodgson, y el "valet" número 1, el inglés Baxter.

El piloto era todo un maestro de su profesión. Creo que al poco tiempo se ha matado accidentalmente. Nótese que también el "valet" Baxter ha muerto después en circunstancias que no se han aclarado.

El avión, que debía bajar en Le Bourget aterriza a las ocho de la noche a Port Marly, cerca de Dunquerque. Todos los pasajeros estaban menos Loewenstein, desaparecido durante el viaje. Según las declaraciones de los "testigos", Loewenstein había ido al water closet del avión, 5 o 6 millas después de que éste había abandonado las costas inglesas y no había vuelto más.

¿Suicidio? ¿Caído en el mar por inadvertencia? La investigación hecha no ha podido aclarar estos puntos. Quince días después su cuerpo fué encontrado por un barco pesquero francés completamente desgarrado y desecho. El doctor Paul no pudo encontrar en la autopsia elementos suficientes para hablar de delito, opinando que las numerosas heridas que presentaba el cadáver se debían al efecto de la caída vertiginosa y de los animales marinos que habían despedazado su cuerpo.

El misterio ha quedado intacto y nosotros ahora podemos únicamente analizar los indicios de mayor interés.

Alfredo Loewenstein conocía sobre determinadas organizaciones, los que justamente se llaman secretos de vida y de muerte. ¿Y no poseía él contra dichos organismos armas terribles? ¿No se había ya expuesto a tentativas criminales destinadas a quitarle tales armas? Ahora tratemos de concretar.

El 16 de abril de 1927 en Bruselas, Alfredo Loewenstein hablaba en la asamblea general de los accionistas de la Sociedad Belga Canadiense, uno de sus gigantescos negocios: capital, noventa y ocho millones de dólares, casi dos mil quinientos millones de francos.

Estos dos mil quinientos millones de francos van al asalto de las fortalezas de la industria inglesa: La seda artificial representada por la enorme sociedad de la "British Celanese", dirigida por el ingeniero Henry Dreyfus.

El ingeniero inglés y el financista belga se odian despiadadamente. En mil novecientos veinteiseis, Loewenstein va a Londres en avión para retar a duelo a su rival, pero el ingeniero se oculta. El duelo continúa y se desarrolla implacable a través de la Bolsa y de los Bancos.

Palabras de Loewenstein:

"Yo me he opuesto a las ab- "surdas exigencias de "La Bri- "tish Celanese", y por eso he "sido atacado tan violentamen- "te: Se quería forzarme la ma- "no. Yo he rehusado ceder, "aunque mis amigos me hayan "hecho saber que se intentarían "todos los medios para inducir- "me a un compromiso. No me "he dejado atemorizar. La Hol- "ding Negocio Loewenstein, ha "salvado la "British Celanese". "Como agradecimiento los diri- "gentes de esta compañía han "intentado abatir la Sociedad "Tubize. Ellos han intentado "destruirme a mí personal- "mente".

Loewenstein acaba de decirlo. Su catapulta echará al suelo las puertas de la fortaleza británica de Manchester. Es el dueño de la situación: Más todavía, con un golpe de audacia increíble se ha asegurado la copropiedad de las patentes, conoce su secreto sobre la fórmula guardada tan celosamente. Algunos días después Loewenstein parte para Inglaterra. Ya no volverá vivo. La catapulta quedará inmovilizada. Manchester y la "Celanese" triunfarán ruidosamente.

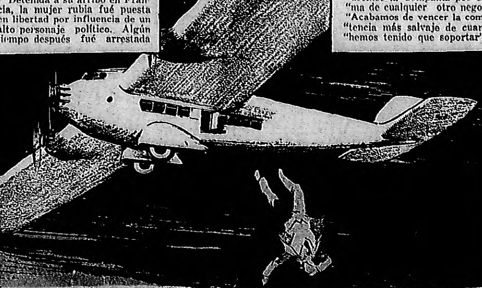
El 16 de julio de 1928 el ingeniero Dreyfus reune sus amigos en el Common Street Hotel de Londres. La asamblea es presidida por el general sir William Alexander. El ejército inglés se interesa en las industrias de la seda artificial, acetato, celulosa. La celulosa con la que se hacen los trajes de seda y los explosivos.

Habla el doctor Dreyfus:

"Deseo tener la oportunidad "de dar satisfacción a todos con "mis contestaciones, salvo tal "vez a algunos opositores... si "hay alguno todavía actual- "mente".

El grande único opositor ha muerto desde hace 13 días. Mientras su enemigo exulta ,el cuerpo de Loewenstein sirve de alimento a los peces del Canal.

"Tengo que hacer notar que "ellos (Loewenstein y sus so- "cios) han hecho su fortuna co- "mo sociedad inglesa. Felizmen- "te para ellos, desgraciadamen- "te para nosotros. Ellos — "otro signo más de gratitud con "Inglaterra donde habían hecho "su fortuna — trasladaron su "actividad al extranjero. Vues- "tro consejo tiene la pretensión "de disponer actualmente de la "producción aun si la "Celane- "se" tiene que reemplazar todas "las otras sedas. Nosotros pon- "dremos la Compañía por enci- "ma de cualquier otro negocio. "Acabamos de vencer la compe- "tencia más salvaje de cuantas "hemos tenido que soportar".



A los 20 Años

EL vigilante de facción avanzaba majestuosamente por la avenida. La majestad era habitual y no una jactancia, porque había pocos espectadores. Eran apenas las 10 de la noche, pero friolentas rachas de viento con gusto a lluvia habían casi despoblado las calles. Probando las puertas a su paso, revoleando el bastón con muchos intrincados movimientos, volviéndose para dar un vistazo a la calle pacífica, el agente, con su fornida estampa y leve contoneo, era el auténtico arquetipo de un mantenedor de la paz. El vecindario era madrugador. Aquí y allá se divisaban las luces de una cigarrería o de un bar, pero la mayoría de las puertas pertenecían a comercios que desde temprano estaban cerrados.

A mitad de cuadra, el vigilante acortó bruscamente el paso. En el umbral de una ferretería estaba parado un hombre, con un cigarro sin prender en la boca. Al acercársele el vigilante, el hombre le habló.

—No es nada, agente, dijo como excusándose. Estoy esperando un amigo. Es una cita que convenimos hace veinte años. A Vd. le parecerá un poco raro. Estoy listo a explicárselo, por las dudas. En aquel tiempo había un restorán donde ahora está esta ferretería, el restorán de Big Joe Brady.

—Hasta hace cinco años, dijo el policía. Después lo echaron abajo.

El hombre del umbral encendió un fósforo y prendió su cigarro. La luz mostró una cara pálida, de mentón rectangular y ojos vivos, con una cicatriz blanquecina cerca de la ceja derecha. Su alfiler de corbata era un brillante, con un engarce raro.

—Hace veinte años esta noche, dijo el hombre, yo cené aquí en lo de Big Joe Brady con Jimmy Wells, mi mejor amigo y el tipo más derecho del mundo. Nos criamos juntos en New York, como dos hermanos. Yo tenía dieciocho años y Jimmy, veinte. Al día siguiente yo debía partir para el Oeste a probar fortuna. Imposible arrancar a Jimmy de New York; pensaba que era el único sitio que hay en el mundo. Arreglamos aquella noche que nos encontraríamos aquí a los veinte años justos, por más cosas que nos hubieran pasado o por más lejos que estuviéramos. Calculábamos que en veinte años tendríamos nuestro destino arreglado, cualquiera que nos tocara en suerte.



—Parece bastante interesante, dijo el policía. Medio largo el entreacto, sin embargo. ¿No recibió noticias de su amigo desde esa noche?

—Sí, nos escribimos durante un tiempo, ,pero al cabo de un año o dos nos perdimos la huella. El Oeste es cosa muy seria y yo andaba muy atareado de un lado a otro. Pero yo sé que Jimmy no me fallará si está vivo, porque siempre ha sido el hombre más derecho del mundo. Nunca se olvidará. He recorrido media América para poner el pie en este umbral y vale la pena si mi compañero aparece.

El hombre sacó un hermoso reloj con brillantitos en las tapas.

Las diez menos tres minutos, anunció. Eran las diez en punto cuando nos dijimos adiós en el restorán.

—¿Le ha ido bien por el Oeste, no es cierto?, preguntó el vigilante.

—¡Ya lo creo! Ojalá a Jimmy le haya ido la mitad de bien. Con todo, era más tesonero que otra cosa. Yo he tenido que habérmelas con individuos que eran más que astutos. La gente es rutinaria en New York. En el Oeste hay que ser como luz.

El vigilante revoleó su bastón y dió uno o dos pasos.

—Voy a cumplir mi recorrido. Espero que su amigo aparecerá. ¿Piensa darle tiempo?

—Claro que sí. Media hora, tres cuartos de hora a lo menos. Si Jimmy está vivo sobre esta tierra, no me puede fallar. Adiós, agente.

—Buenas noches, señor, dijo el vigilante, que siguió con su recorrido, probando las puertas a su paso.

Estaba lloviznando ahora y el viento se había puesto muy insistente. Los pocos transeúntes de ese barrio pasaban con un lóbrego apuro, levantado el cuello del sobretodo, las manos hundidas en los bolsillos. En el umbral de la ferretería, el hombre que había atravesado media América para acudir a una cita dudosa hasta lo absurdo, con el amigo de su juventud, fumaba su cigarro y esperaba.

Veinte minutos esperó y entonces un hombre alto, con el cuello del sobretodo hasta las orejas, cruzó la calle casi corriendo. Fué directamente hacia él.

—¿Eres tú, Bob?, preguntó con vacilación.

—¿Eres tú, Jimmy Wells?, le gritó el hombre del umbral.

—¡Dios mío!, profirió el recién llegado, agarrándole las dos manos. Es Bob, seguro como el destino. Ya sabía yo que aquí te iba a encontrar si no te habías muerto. Bueno, bueno, bueno, veinte años es mucho tiempo. El viejo restorán se fué, Bob. ¡Ojalá hubiera durado, para que cenáramos aquí mismo! ¿Cómo te ha tratado el Oeste, viejo?

—Espléndidamente: me dió todas las cosas que le pedí. Has cambiado muchísimo, Jimmy. Yo te creía dos o tres pulgadas más bajo.

—Me estiré después de los veinte.

—¿Te va bien en Nueva York, Jimmy?

—Más o menos. Tengo un empleo en la Municipalidad. Vamos, Bob; iremos a un lugar que conozco y hablaremos de tiempos viejos.

Los dos siguieron por la calle, del brazo. El hombre del Oeste, su egoísmo agrandado por el éxito, bosquejaba la historia de su carrera. El otro, sumergido en el sobretodo, lo escuchaba con interés.

En la esquina resplandecía una farmacia, iluminada a luz eléctrica. Cuando entraron en ese brillo, cada uno miró la cara del otro.

El hombre del Oeste se detuvo y desprendió su brazo.

—Vd.no es Jimmy Wells, profirió. Veinte años es mucho tiempo, pero no basta para cambiar así una nariz.

—A veces basta para cambiar un hombre bueno en un hombre malo, dijo el hombre alto. Hace diez minutos que estás arrestado, "Silky" Bob. Chicago cree que te precisa y nos telegrafía que te remitamos para una charla. ¿Vas a venir tranquilo, no? Es lo más cuerdo. Ahora, antes de ir a la comisaría, tengo un papel para entregarte. Lo podrás leer con esta luz. Es del agente Wells.

El hombre del Oeste desdobló el papelito que le entregaron. Su mano estaba firme cuando comenzó la lectura, pero temblaba un poco cuando acabó. El mensaje era más bien corto.

Bob: No he faltado a la cita. Cuando encendiste el fósforo para prender el cigarro, vi que era la cara del hombre que estaban buscando en Chicago. No sé porqué, pero no pude hacerlo yo mismo, así que le pasé el trabajo a un pesquisa.

JIMMY

O. HENRY

ILUSTRACION DE SORAZABAL

El Otro Lado de la Estrella * *por Raúl G. Tuñón*



El Piadoso Fullero

CERRE los ojos y deslicé el dedo índice sobre el mapa percudido por viajeros innumerables, colgado junto a la ventanilla de la estación de Santa Fe. Abrí los ojos. El dedo se había detenido en Serrezuela. ¿Qué iba a hacer yo en Serrezuela? Me llené de espanto. No iba a cumplir la promesa hecha a mí mismo de partir para el lugar que señalara el dedo. Me hice trampa. Cerré los ojos otra vez y el dedo apareció en La Rioja. Ya era otra cosa. Saqué boleto y subí al vagón de segunda con tres pesos y pico, un atadito de ropa y cuatrocientos poemas... En La Rioja iba a encontrarme con Nalé Roxlo, y después con Setaro, con Petit, con Muñoz (¡todos de Esmeralda y Corrientes!). Un día y medio en un vagón de segunda. Al llegar a Cruz del Eje los tres pesos y pico habían rebajado. Sólo poseía un peso. Andaba paseando por el andén cuando me llamaron la atención los gritos de un individuo:

—¡Jueguen, señores, jueguen! ¡Esta es la ruleta de la suerte!

Tuve un pálpito. Me acerqué al curioso sujeto. Diez "payucas" lo rodeaban. Aquél maniobraba sobre una absurda ruleta, invención suya, la que, cosa extraordinaria, siempre hacía ganar a su dueño. Me armé de coraje y arriesgué el único peso que me quedaba y que me serviría para comprar pan y fiambre, hasta La Rioja. Naturalmente, perdí, en el momento en que el tren anunciaba su inminente partida. ¡Qué cara habré puesto! El ruletero, que era un gárrulo andaluz, barba azul y haraposo, detúvome con un gesto y, sin que los otros se dieran cuenta, me devolvió el peso que tan graciosamente habíame robado. Hay malandrines así.

★

El Vendedor Honrado

DE una extraña manera se había hecho cocainómano. Era dueño de un boliche de cigarrería de la calle Lavalle, hace ya algunos años, en la época en que todos, incluso los cocheros y el vigilante de parada frente al Julien, tomábamos cocaína. Lo llamaremos Don José. Un día, un traficante de drogas visitó a Don José en su boliche y le planteó el negocio: se trataba de vender cocaína, que aquél conseguiría al por mayor y que Don José debía fraccionar en paquetitos de a gramo. Don José rechazó, al principio, el ofrecimiento ilegal. Pero después transó. Su boliche se hizo famoso. Con el tiempo ocurrió algo desgraciado. Don José había sido vendedor de queso. Como todos los vendedores de queso, al ofrecer la mercadería, probaba un pedacito, para hacer entrar en confianza al cliente. Lo mismo hizo con la cocaína, hasta que, sin darse cuenta, el vicio lo fué agarrando, mordiendo, convirtiéndolo en un pelele gesticulante.



—¿Se lleva un granito? Es de la buena, eh, de la pesada... Mire...

Y aspiraba una "prisse"... Así toda la noche. La policía allanó el negocio. Don José pasó una temporada entre rejas. Al salir dedicóse a la venta de diarios, combinada con la de cocaína. En la esquina de Paraná y Corrientes escuchamos durante mucho tiempo los sorprendentes ofrecimientos de Don José:

—CRITICA, por tres pesos... ¿Quién me lleva CRITICA? Es de la buena, de la buena...

Y era que, dentro del diario, estaba el papelito de a gramo. El diario, naturalmente, tenía que costar tres pesos.

Otra temporada entre rejas. Al salir, ensayó Don José otra manera de vender. Para que no lo pillaran con el cuerpo del delito encima, colocaba los paquetitos sobre algunas chapas de médico, en algún árbol, en el resquicio de una puerta, en balcones, etc., de las calles Rodríguez Peña, Sarmiento y Montevideo. Una noche lo vi correr despavorido a Don José. Acababa de descargarse una súbita tormenta. Los paquetitos se le perdieron esa noche... Después estuvo en el manicomio. Cuando lo dieron de alta me dijo:

—Aquello es muy divertido. Me pinté, solo, todo un pabellón. Haciamos representaciones. ¿Por qué no va a pasarse una temporadita por allá?

★

Un Loco de la Vida



POR aquellos tiempos aun el Puchero Misterioso (Nalé Roxlo le puso el nombre porque daban un puchero robusto, abundante y sabroso por sólo veinte centavos), de la calle Cangallo y Talcahuano, mantenía su prestigio bohemio y su roña. Hacia las dos de la mañana los individuos más curiosos, simpáticos, cordiales, invadían las mesitas del almacén. Algunos fracasados, otros por fracasar, poetas, periodistas, dibujantes, canillitas y simples ex hombres o simples individuos que nunca hablaban. Voy a recordar aquí únicamente a dos personajes: "Lenín" y "La Sombra". Llamaban "Lenín" a un vendedor de diarios, español, pelirrojo, un poco más "leído" que sus camaradas, que siempre hablaba de la guerra, de Rusia, de China, de la revolución social; de ahí el mote. "Lenín" era bueno e ingenuo. A las tres comenzaban sus conferencias: Si Japón ataca está perdido. Se las tendrá que ver con China y con Rusia. ¿Y qué me dicen de Norte América? Chan-Kai-Shek sabe lo que hace... En cuanto a las Filipinas... Vean, yo arreglaría así las cosas... El primer cuerpo del ejército ataca por el flanco derecha... Y así. Las charlas de "Lenín" interesaban a todos. A muchos camaradas porque los llenaba de asombro. A nosotros, porque nos hacía sonreir. Pero, desgraciadamente, a cada latiguillo de "Lenín", un hombre silencioso, grave, lento, impávido, que siempre se sentaba en una mesita del fondo, decía, monótonamente, dirigiéndose a "Lenín":

—Usted está loco de la vida.

"Lenín" se daba vuelta, malhumorado, disgustado, ante esa "sombra" que lo perseguía siempre, y alzaba los hombros.

Pero la frase de "La Sombra" se oía veinte veces todas las noches:

—Usted está loco de la vida.

No argumentaba. No explicaba el porqué. Pero siempre se dirigía a "Lenín", diciendo:

—Usted está loco de la vida.

Pasaron muchos años. La otra noche encontré a un viejo amigo del Puchero Misterioso.

—¿Y "Lenín"? — le pregunté.

—¡Cómo! ¿No sabe? — respondió mi amigo. "Lenín" está loco, está loco de la vida.

Sí. Desgraciadamente "Lenín" figura como pensionista en el Vieytes.

★

El Hombre y el Conejo

AQUEL hombre andaba con mala suerte. Era un prestigiditador en desgracia. Había perdido su frac, su sombrero de copa sin fondo, sus platos y sus palomas, sus puñales y sus bastones de puño de marfil y sólo le quedaba un conejo, que era, por otra parte, el número de fondo de sus extraordinarias exhibiciones. Pero los prestidigitadores, como los poetas, han caído en desgracia hace tiempo. *"Dios tenga piedad de su frac"* ya lo dijo Rega Molina.



La última vez que vi al "Relámpago", que ese era su nombre profesional, andaba metido en un traje negro y lustroso, con el conejito bajo el brazo. Lo trataba con cierto cariño. Le prodigaba caricias y mimos. El "Relámpago" adoraba a su conejito, yo doy fe. Al preguntarle qué era de su vida, me respondió:

—No tengo una misera contrata. En los últimos barracones de la ciudad no interesa mi número. La dueña del desván en que vivo, compadecida, o deseosa de cobrar los meses que le adeudo, me ayuda ahora en la búsqueda de algún trabajo. Esta tarde ha ido a ver al dueño de un circo que funciona en un barrio apartado.

Después supe que el dueño del circo no había querido saber nada con "Relámpago".

Dos meses más tarde me hicieron este singular y emocionante relato:

—¿Te acuerdas de "Relámpago", el prestidigitador? Bien. Ha sucedido una cosa lamentable. "Relámpago" andaba sin contrata y la dueña de la casa en donde aquél ocupaba una bohardilla, no descansó hasta hallarle un trabajo. "Relámpago" tenía que hacer su famoso número del conejito, durante una semana, en cierto circo de barrio.

La dueña en cuestión volvió gozosa ese día, gritando:

—"Relámpago", oiga usted, acabo de conseguirle un contrato.

Apareció "Relámpago", con aire de criminal arrepentido.

—Tendrá que hacer el número del conejito...

—Imposible...

—¿Cómo imposible? — chilló la dueña.

—Sí — dijo tristemente "Relámpago", — acabo de comerme el conejo.

Sonrisa y Bala

RECUERDO que la amable poetisa S.... nos había reunido aquella noche en su casa, bajo la condición terminante que no se hablaría de literatura y que dejáramos en paz también, a las otras artes. Era, evidentemente, una forma de hacer soportable una reunión de gente, de letras, quienes, a su vez, no dejaban de encontrar cómodo, el poder reunirse como simples empleados de Banco que, fuera de la oficina, detestan hablar de números.

El interés de aquella noche, recayó, pues, en la pasión que la señora de S.... tenía por los estudios grafológicos, la apasionante ciencia de revelar el carácter por los trazos de la escritura. Naturalmente que todos quisimos poner a prueba su talento especial, escribiendo sobre el mismo papel, frases banales, dictadas por la necesidad de construírlas ligero y haciendo conocer a la posteridad nuestra lamentable paternidad, por medio de las respectivas firmas.

Sin duda alguna, la grafología no es una ciencia infalible, pero sus aciertos son numerosos y hacen tomarla en respeto. Después de poner a descubierto nuestros mejores defectos y algunas de nuestras más débiles virtudes, nuestra dueña de casa creyó oportuno hacernos una breve disertación sobre sus métodos de estudio.

Me interesaron vivamente los "facsímiles" de firmas y escrituras que se reproducían en ya no recuerdo qué tratado. Entre los ejemplos expuestos, había uno que me llamó particularmente la atención. Era una dirección puesta sobre un sobre. Esta dirección se repetía en otros, pero con una particularidad: el nombre del destinatario, la calle y la ciudad, que es costumbre poner escalonados hacia la derecha, en esos sobres, puestos por orden cronológico, sensible y gradualmente, al margen izquierdo.

Rocba, que observaba conmigo esa particularidad, no dejó de pedir la explicación a la señora de S...

—Es un fenómeno curioso — contestó ella — y que casi invariablemente indica un temperamento suicida. La progresión de esa anormalidad, es la misma del suicida. Cuando el nombre de la ciudad — prosiguió, mostrándonos el ejemplo — fué escrito completamente a la izquierda ,se produjo el suicidio.

Eso fué motivo, para que la conversación se generalizase sobre el suicidio en sí mismo.

—Es curioso cómo la moral religiosa — dijo Paul — ha contribuído a despreciar al suicida, al punto que hoy se considera una deshonra, tener uno en la familia. No es raro ver la crónica policial enteramente dedicada a la descripción minuciosa de un crimen pasional, al de un asesinato seguido de robo; pero el suicida, sólo merece dos líneas, como un réprobo; una noticia secreta, fría.

—Quien atenta contra su vida — arguyó la señora de S... — viola indudablemente la ley de Dios y...

—Note usted, amiga mía — continuó Paul — que la verdad y la religión se encarnizan menos con otras infracciones a los mandamientos cristianos. Aquél que roba, mata o hiere, goza a menudo de indulgencia. Tanto, como los que infringen el resto de esos respetables mandamientos. La justicia celeste es, pues ,injusta como la terrenal. Las faltas son iguales y los castigos diferentes.

—El suicida — confesó la señora de S... reposadamente — es un desertor. Todo desertor es un cobarde...

—Amiga mía — terció el coronel B...., que había escuchado con atención — usted cae en un lugar común, al sostener eso. A una poetisa como usted, no le puedo permitir un lugar común. Necesitaría de una larga explicación (el tema lo merece) para demostrarle que, quizá a veces la verdadera cobardía consista en aferrarse a la vida. No estoy yo ni ustedes en ánimo de promover parecida discusión en una noche tan tranquila. Pero estoy seguro que todos cambiarían de opinión, si hubiesen visto a alguien suicidarse. Apostaría a que ninguno está en mi caso.

En efecto. Debimos reconocer que ninguno había sido espectador de un suceso de esta índole. Yo, personalmente, ni siquiera había visto morir a nadie, de muerte natural o de accidente. Sólo Gall, que no perdía ocasión de contar que había asistido a un fusilamiento, dijo:

—Debe sentirse el mismo desagrado que ante una ejecución: es ésta un suicidio involuntario.

La definición de Gall, no habiendo satisfecho, la palabra pasó nuevamente a B...

B... había sido siempre parco en relatos de cualquier naturaleza, y de sus andanzas por Europa poco habíamos sabido. Por eso, redoblamos nuestra atención cuando empezó situando su historia en París.

—En aquella época — nos contó B... — mis ocupaciones habituales me habían retenido por un tiempo largo, en París. Vivía entonces en una pequeña calle del Barrio Latino —"rue Rollin"— elegida por su proximidad a la Biblioteca de Santa Génova, donde estaban las fuentes de mis estudios. Yo tenía costumbre de cenar casi siempre en sitios diferentes y en diversos puntos de la ciudad, pero mis almuerzos los hacía invariablemente en un discreto "restaurant" cercano al sitio de mis tareas, que había elegido por ser tranquilo y libre de todos esos estudiantes bullangueros y cosmopolitas, que me quitaban el apetito.

En el barrio donde vivía, podía llevar la vida tranquila que convenía a mi carácter y a mis estudios, con la ventaja de no tener constantemente encima, las relaciones que prefieren habitar sitios más aristocráticos. Aunque ustedes no forman parte de los que creen que París es un inmenso "dancing", las relaciones a que aludo — compatriotas en su mayor parte — aún en París lo creían y grande habría sido su sorpresa si hubiesen comprobado que la Biblioteca Santa Genoveva, era efectivamente una biblioteca.

Era entonces en el restaurant de la "rue d'Ulm", donde yo almorzaba diariamente, como les digo, completamente solo, sin excepción. Ese establecimiento estaba frecuentado por muy pocos extranjeros; el ambiente resultaba, pues, apacible. Más por comodidad que por rutina, ocupaba yo siempre la misma mesa, desde la cual podía ver cómodamente la calle y la gente que entraba o salía. Frente a mí, en una mesa al lado de la puerta, casi a la misma hora que yo, almorzaba, también sola, una persona de unos cuarenta años, correctamente vestida, sin aspecto aparente de extranjera.

Se imaginarán ustedes, que al cabo de dos o tres meses de almorzar frente a frente, nos conocíamos perfectamente. Pero era sólo un conocimiento físico. Jamás habíamos cambiado una palabra. El único lazo de unión entre él y yo, era una inclinación de cabeza al encontrarnos o al separarnos. Debíamos ser los dos de un carácter con marcada tendencia a la soledad, porque nunca se nos ocurrió almorzar en compañía, quiero decir, en una misma mesa.

Después de un año, nuestra situación — que podría llamar "social" — era casi la misma. Cuando más, una mirada de inteligencia, una sonrisa, ante cualquier torpeza del mozo o incidencia habitual a un "restaurant".

Este señor era muy apreciado en la casa, porque aparte de ser cliente invariable, no era difícil para la comida y daba excelentes propinas.

Aquella mañana ,entró, como sucedía a menudo, cuando yo ya estaba. Después de la rápida inclinación de cabeza a que me tenía acostumbrado, se sentó como siempre y confeccionó su "menú". Una vez que le devolví su saludo, no hice más caso de él que el habitual, y, mientras almorzaba, releía al mismo tiempo unos apuntes muy interesantes para mí, que acababa de tomar. Terminé de almorzar, pedí el café y, mientras encendía un cigarrillo, me puse a observar mi vecino de mesa, no tanto por curiosidad, como porque estaba frente a mi visual.

Terminó de comer — me acuerdo todavía que su postre había sido un helado "Melba" — dobló su servilleta y pidió la cuenta. Pagó, esperó a que le trajeran el vuelto, y de este último dió su propina al mozo. Inmediatamente, como un hecho natural, sacó del bolsillo algo negro que al principio no distinguí, pero que, a mi gran asombro, era un pistola. Levantó la vista y, como sorprendiese la mía, me sonrió. En seguida, delante de mí, se disparó un tiro en el corazón. Ví que con la mano izquierda se levantaba el saco, con ánimo de verse la herida en el costado. Luego dobló la cabeza hacia adelante y cayó sobre la mesa, sin ruido.

Imagínense ampliamente mi estupor y el de las gentes del "restaurant". Nunca había visto una muerte así, en frío, disparándose un tiro con la misma naturalidad con que yo acababa de encender mi cigarrillo.

Confieso que el hombre me interesó. Además de una simpatía que recién empezaba a sentir intensa, me atraía el misterio de su muerte, para la cual, a no dudarlo, parecía haberme elegido espectador.

Imposible precisarles hasta qué punto mi amistad por el suicida cobró intensidad en aquel momento. Experimentaba por él un afecto póstumo, una atracción que ninguna investigación psicoanalítica podría explicar ahora.

Recuerdo que de inmediato asumí el papel de deudo; cuan-



do la ambulancia llegó a recoger el cuerpoy regresó para llevárselo, sufría una angustia repentina, que se resolvió en llamar a un taxímetros y seguir al otro vehículo.

En el local donde expusieron el cadáver, al cual yo concurrí antes que las autoridades, uno de los agentes que habían procedido al transporte del muerto, me encontró un rostro familiar y me suspuso pariente de la víctima.

Innecesario es decir que mi sorpresa no fué menor que la suya cuando, a su pregunta, repuse que ignoraba el nombre y la calidad del suicida. Pero vivamente agregué que era amigo de mesa, desde hacía largo tiempo. Yo constaté después que mi simpatía nació exactamente en el minuto de su suicidio, y que antes me había sido perfectamente indiferente, ese tranquilo cliente del "restaurant".

Me interesé en saber quién era. Aquella persona no había dejado cartas explicativas ni poseía sobre sí papeles susceptibles de identificarlo. En verdad, los suicidas comunes se aferran hasta el último segundo a la vida, al ritmo de la vida. Se comunican con los vivos, hablan después de muertos... ¿Dejar motivos? ¿Para qué explicar el porqué del abandono de la vida?

La intervención policial logró establecer al fin, que se trataba del sujeto N. N. de nacionalidad húngara, empleado principal de una importante empresa industrial. No se le conocían parientes en París. Con ese motivo y como nadie reclamaba el cuerpo — me informaron— éste sería destinado al osario común.

No me decidí a separarme tan pronto de mi nuevo amigo, de la única amistad desinteresada... En el osario común, desaparecería muy rápidamente; hasta el olvido acontecería a un ritmo demasiado vertiginoso.

Reclamé el cuerpo para mí y obtuve autorización para inhumarlo por mi cuenta.

No se si ustedes sabrán qué espectáculo lamentable es un entierro en París. Imagínense una carroza como las usuales aquí, pero prendida de dos ridículos personajes de galera alta y levita negra, que tanto pueden ser palafreneros, como maestros de ceremonias.

El carro fúnebre circula a paso de hombre, porque el cortejo — compuesto de hombres, mujeres y aún niños — sigue a pié al muerto.

Esa impresión de tristeza miserable, se siente doblemente, cuando, como en mi caso, se es único a seguir la carroza. El cementerio quedaba en el otro extremo de París, casi en los límites de la ciudad. Los barrios más populosos, las avenidas brillantes, los bulevares ruidosos, se inmovilizaban, se callaban ante el muerto anónimo. Pero ya detrás mío todo recuperaba su ritmo y los automóviles, un momento detenidos, tomaban su revancha de velocidad. Nunca me sentí tan solidario con el suicida: nos acompañábamos.

Llegados al cementerio hice que llevaran el ataúd a la capilla, donde, hipocritamente recogido, me dí el gusto de que rociaran con agua bendita y bendijeran al réprobo... Y allí se quedó.

Y bien, mi querida amiga — terminó B..., con una ligera sonrisa — ignoro como escribía los sobres aquel hombre — si es que los escribía. Su suicidio no era, pues, de esos que, como en sus ejemplos, se pueden seguir con la mirada... Ahora, si usted quiere catalogarlo como un cobarde más...

E. VILLALBA WELSH

Hierba de Virtud

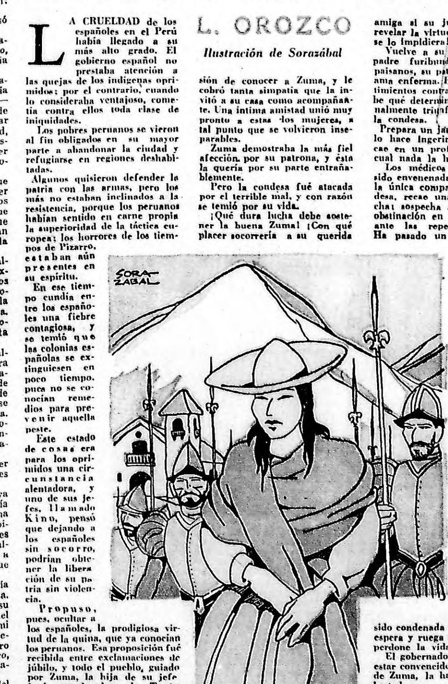
L. OROZCO

Ilustración de Sorazábal

LA CRUELDAD de los españoles en el Perú había llegado a su más alto grado. El gobierno español no prestaba atención a las quejas de los indígenas oprimidos; por el contrario, cuando lo consideraba ventajoso, cometía contra ellos toda clase de iniquidades.

Los pobres peruanos se vieron al fin obligados en su mayor parte a abandonar la ciudad y refugiarse en regiones deshabitadas.

Algunos quisieron defender la patria con las armas, pero los más no estaban inclinados a la resistencia, porque los peruanos habían sentido en carne propia la superioridad de la táctica europea; los horrores de los tiempos de Pizarro, estaban aún presentes en su espíritu.



En ese tiempo cundía entre los españoles una fiebre contagiosa, y se temió que las colonias españolas se extinguiesen en poco tiempo, pues no se conocían remedios para prevenir aquella peste.

Este estado de cosas era para los oprimidos una circunstancia alentadora, y uno de sus jefes, llamado Kino, pensó que dejando a los españoles sin socorro, podrían obtener la liberación de su patria sin violencia.

Propuso, pues, ocultar a los españoles, la prodigiosa virtud de la quina, que ya conocían los peruanos. Esa proposición fué recibida entre exclamaciones de júbilo, y todo el pueblo, guiado por Zuma, la hija de su jefe juró ante el altar de Tupán (divinidad suprema de los peruanos), guardar el secreto inviolable.

Mientras tanto, los europeos morían como moscas, y entre ellos el gobernador, quien fué en eguida reemplazado por el conde de Cichón.

La condesa de Cichón tuvo ocasión de conocer a Zuma, y le cobró tanta simpatía que la invitó a su casa como acompañante. Una íntima amistad unió muy pronto a estas dos mujeres, a tal punto que se volvieron inseparables.

Zuma demostraba la más fiel afección por su patrona, y ésta la quería por su parte entrañablemente.

Pero la condesa fué atacada por el terrible mal, y con razón se temió por su vida.

¡Qué dura lucha debe sostener la buena Zuma! ¡Con qué placer socorrería a su querida amiga si su juramento de no revelar la virtud de la quina no se lo impidiera!

Vuelve a su imaginación el padre furibundo, sus infelices paisanos, su patria oprimida, su ama enferma. Entre tantos sentimientos contradictorios no sabe qué determinación tomar. Finalmente triunfa su cariño por la condesa.

Prepara un jarabe de quina, se lo hace ingerir, y la enferma cae en un profundo sueño del cual nada la hace despertar.

Los médicos juzgan que ha sido envenenada, y sobre Zuma, la única compañera de la condesa, recae una terrible sospecha; sospecha agravada por su obstinación en guardar silencio ante las repetidas preguntas. Ha pasado un día; la condesa sigue postrada en un sueño que parece mortal, y nadie duda ya del envenenamiento.

La pobre Zuma es condenada a la hoguera; ya están hechos todos los preparativos, ¡y Zuma persiste en su silencio!

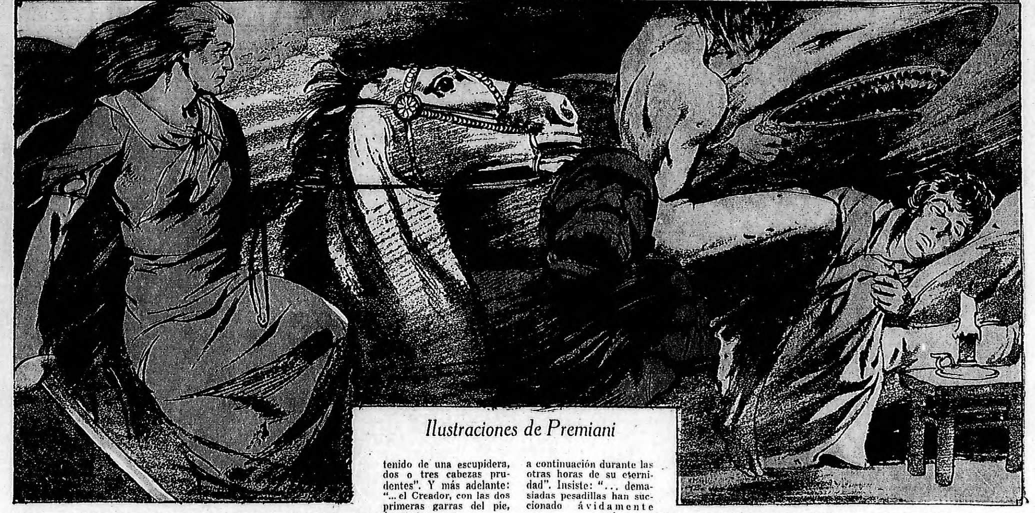
Los jueces le conceden todavía un día de tiempo, esperando sonsacarle una confesión y buscar a sus cómplices.

Mientras tanto la condesa vuelve en sí, y, a pesar de su gran debilidad comprende que está salvada. Pregunta en seguida por su salvadora, y al enterarse de que Zuma ha sido condenada a muerte, se desespera y ruega a su marido que perdone la vida de su amiga.

El gobernador, a pesar de no estar convencido de la inocencia de Zuma, la hace poner en libertad.

Los peruanos, conmovidos por la generosidad del gobernador, retiran su juramento, y revelan a los españoles la prodigiosa virtud de la quina: así, en breve tiempo, todos los enfermos sanan y los españoles viven con los indígenas en íntima concordia por muchos años.

EL FRIO DELIRIO DE LAUTREAMONT



Ilustraciones de Premiani

por

U. Petit de Murat

HACIA tres años que Oribe, después de derrotar a Rivera en Arroyo Grande, se había venido al tranquito liviano, hasta el Cerrito de la Victoria, poniendo un moderado sitio a Montevideo, cuando nació el normal Isidoro Ducassé, después fantástico conde de Lautréamont. La voluntad de Rozas había querido que sus colorados de la otra orilla — los blancos — a pesar de sus tres mil cuatrocientos hombres, treinta y cinco piezas de artillería y apoyo acuático de los barquitos de Brown, no se excedieran en la pelea. Medida política destinada a mantener latente el sentimiento de que la tierra de enfrente era también argentina, no convenía darle carácter muy ejecutivo, a lo menos, mientras ese sentimiento no pudiera ser expresado abiertamente. En el camino de esta ambición se cruzaban con persistencia los "inmundos y salvajes unitarios", que no dejaban un instante de denunciarlo, estimulando en todas formas el revuelto furor patriótico de los colorados de Rivera.

Suerte varia la de esos años, que la gente pasaba tomando mate, haciendo milongas, escribiendo encendidos panfletos, matándose en las reyertas de pulpería, robando hacienda, y, a veces también interviniendo en algunos disminuídos encuentros, que la pompa criolla, que hacía de sus cabecillas de montonera, generales, decoraba con el título de batallas. El final del año 1846 fué aceptablemente calamitoso. Volvió a Montevideo Garibaldi, derrotado en San Antonio. A sus italianos les dió por armar gresca. La miseria lanzaba muchos rostros barbudos y siniestros al pillaje y el asesinato. Para poner un poco de orden tuvo que bajar a tierra una compañía de marinería inglesa. Las sanas costumbres británicas — té con leche a las cinco y uso un poco más reflexivo o más útil de la muerte — no consiguieron imponerse. El tiempo no experimentó ninguna mejoría. El 18 de marzo de 1846 pretendió desembarcar el general Rivera, alejado por sus mismos partidarios al Brasil, hacía ya bastante rato. El gobierno, que de tal no tenía más que el nombre, se opuso.

Rivera desembarcó por fin y se puso en campaña. El 4 de abril de ese año, a las nueve de la mañana, nació Ducasse. A pesar de ciertas tentativas de paz, las hostilidades prosiguieron. Rivera fué cercado, después de sufrir una derrota en el Cerro de las Animas; a Varela lo asesinaron en la calle Misiones, de Montevideo. El barón de Jacuhy aprovechaba el entrevero para invadir el Uruguay con tropas brasileñas, por el lado de la frontera de Cuaró.

Ya tenía Ducasse ocho años y la encendida Banda Oriental no llevaba trazas de calmarse. Antes de su partida a París le tocó vivir, entre otros momentos bravos, la revolución que derrocó a Giró; la que echó al general Flores; otra que se hizo contra el presidente Pereira, encabezada por Díaz, a quien, junto con Freire, Tagle, Eladio Martínez y otros, después de firmar un pacto que les aseguraba la vida, se les ejecutó en las cercanías de Durazno, sin forma alguna de proceso; la de Flores contra Berro, en la que se peleó fuerte, pródiga también en fusilamientos y que se prolongó contra el presidente Aguirre, hasta el triunfo final de Flores.

En 1867 embarcaba Ducasse, con destino a París; se despidió de su patria cuando la guerra contra el Paraguay tenía a mal traer al Uruguay y sus dos aliados, la Argentina y el Brasil, cuando se le llenaba de espinas el campo que se le había hecho orégano al general Mitre, por obra y gracia de la patética heroicidad paraguaya.

Como por una correspondecia mágica —después señalaré otras — en Francia no le tocaron mejores días: anduvo entre las sangrientas masacres de la Comuna y murió cuando las tropas alemanas avanzaban sobre París.

Tal vez esto explique un poco sus extraños, alucinatorios poemas. Vivió rodeado de hombres para los cuales la vida era una costumbre provisoria. Se retuvo. no llegó a mezclarse en la acción. La marea de sangre de aquellos días se derramó, no obstante, en su alma, se hizo visible en su verbo satánico, despreciativo, helado, cruel.

Los sueños maléficos, las visiones torturantes dormían en el fondo de la sangre empobrecida de los Ducasse. El padre de Isidoro, los había visto multiplicarse en sus noches, como una condenación, perdido en la selva chaqueña, durante un lago viaje que hiciera para estudiar las civilizaciones pre-colombianas.

En la soledad de su bohardilla de París, Isidoro los revivió. Esta es la segunda correspondencia mágica que se registra en su vida.

Lautreamont padecía insomnios. Tenía pocos amigos. Estaba consumido por un orgullo que no le servía para nada. Escribe con fiebre. En dos años termina sus 'Cantos de Maldoror". Todavía su gusto no se ha fijado y extrae su pseudónimo de una de las obras de Sué. Está atormentado por una especie de delirio frío. Por eso escribe: "pesadillas horribles le hacen sangrar por la boca y las orejas y espectros se sientan a la cabecera de su lecho". "Aquel que duerme lanza gemidos semejantes a los de un condenado a muerte, hasta que se despierta y se apercibe que la realidad es tres veces peor".

Por eso imagina al Creador así: "Tenía en la mano el tronco podrido de un hombre muerto, y lo llevaba, alternativamente, de los ojos a la nariz y de la nariz a la boca; una vez en la boca, se adivina lo que hacía. Sus pies se sumergían en un vasto mar de sangre en ebullición, en la superficie del cual se elevaban de pronto, como lombrices solitarias a traves del contenido de una escupidera, dos o tres cabezas prudentes". Y más adelante: "... el Creador, con las dos primeras garras del pie, agarraba a otro sumergido por el cuello y lo levantaba en el aire fuera del vaso rojizo, salsa exquisita. Le devoraba de entrada la cabeza, las piernas y los brazos y por último el tronco, hasta que no quedaba más nada, porque le roía los huesos. Y así a continuación durante las otras horas de su eternidad". Insiste: "... demasiadas pesadillas han succionado ávidamente mi garganta, durante las noches y los dias"; en otro lugar aun: "...sueños atroces me atormentan, cuando consigo dormirme".

Estan inspiradas en una pesadilla estas líneas: "Entonces, de común acuerdo, entre dos aguas, se deslizaron el uno hacia el otro, con una mutua admiración, la hembra del tiburón separando el agua con sus aletas, Maldoror batiendo el oleaje con sus brazos; y retuvieron su aliento, en una veneración profunda, cada uno deseoso de contemplar su retrato viviente. Llegados a tres metros de distancia, sin hacer ningún esfuerzo, cayeron bruscamente el uno contra el otro, como dos amantes, y se abrazaron con dignidad y reconocimiento".

No son sino pesadillas las crueldades que imagina, demasiado desmesuradas para tener atadero alguno con la realidad. Veamos algunas: "Con una cabeza en la mano, de la cual roía el cráneo, me he dirigido hacia el sitio donde se elevan los postes que sostienen la guillotina. He colocado la gracia suave de los cuelos de tres jovencitas bajo el filo del cuchillo... y, el hierro triangular, abatiéndose oblícuamente, cortó tres cabezas que me miraban con dulzura". "Se deben dejar crecer las uñas durante quince días. ¡Oh! ¡Qué dulce es arrancar brutalmente de su lecho a un niño que no tiene nada aún sobre su labio superior, y con los ojos muy abiertos, fingir pasar suavemente la mano sobre su frente, inclinando hacia atrás sus hermosos cabellos. Después, de golpe, en el momento en que él menos lo espera, hundir las largas uñas en su blando pecho, de modo que no se muera; porque si se muriera no se tendría más tarde el espectáculo de sus sufrimientos. En seguida se bebe la sangre, lamiendo las heridas; y, durante ese tiempo, que debería durar tanto como la eternidad, el niño llora". "Tu venganza no está aún agotada; y ya, esta mujer, a la cual habías atado, con collares de perlas, las piernas y los brazos, de manera de convertirla en un poliedro amorfo, a fin de arrastrarla a través de los valles y los caminos, sobre las zarzas y las piedras, ha visto sus huesos cavarse de heridas, sus miembros limpiarse por la ley mecánica del frotamiento rotatorio, confundirse en la unidad de la coagulación, y su cuerpo presentar, en lugar de los lineamientos primordiales y las curvas naturales, la apariencia monótona de un sólo todo homogéneo que no se parece sino demasiado, por la confusión de sus diversos elementos masacrados, a la masa de un esfera'. "Se inclina, y lleva su lengua, saturada de saliva, sobre la mejilla angélica del que arroja miradas suplicantes. Pasea algún tiempo su lengua sobre esa mejilla... ¡Oh!... ¡Ved!... ¡ved. ¡Ahora la mejilla blanca y rosa se ha vuelto negra como un carbón! exhala miasmas pútridos. Es la gangrena; ya no podemos dudarlo. El mal devorador se extiende sobre todo el rostro, y de allí ejerce su furia sobre las partes bajas; bien pronto todo el cuerpo no es más que una vasta llaga inmunda".

En 1869 están publicados los seis "Cantos de Maldoror". En 1870 hace imprimir unas poesías, que el editor se rehusa, luego a lanzar al mercado. No han sido halladas nunca. Remy de Gourmont, años más tarde, encontró en la biblioteca nacional de París, dos pequeñas plaquettes, con el título de "Poesías", y firmadas Isidore Ducasse, que constituían más bien un conjunto de confesiones estéticas.

En realidad ya ha soltado amarras del mundo. Está acosado por el pensamiento de la muerte. No hace más que cambiar de domicilio, como si atribuyera el horror de sus noches al ambiente que lo circundaba. Se detiene, al fin, en el número siete de Faubourg Montmartre. Poco tiempo antes ha tenido esa extraña lucidez, esa plenitud esperanzada con que la creciente muerte alivia la final trayectoria agónica de una vida:

Lautremont, el fantástico conde de los "Cantos de Maldoror", ha sido substituído por el simple Isidore Ducasse, de los días infantiles de Montevideo, como si quisiera volver simbólicamente hacia la ciudad que ya no verá nunca; en una carta dirigida a M. Darasse el 12 de marzo, dice que "cantar al aburrimiento, los dolores, las tristezas, las melancolías, la muerte, la sombra, lo sombrío, etc., es no querer mirar más que el pueril reverso de las cosas". El se propone, en adelante, "cantar exclusivamante a la esperanza, la calma, la felicidad, el deber".

De su muerte había dicho lo siguiente: "Los ojos en alto, no; se que mi aniquilamiento será total. Por otra parte, no tendré ninguna gracia que esperar. ¿Quién abre la puerta de mi cuarto fuerario? Yo había dicho que nadies estrara".

Su deseo, como en una correspondencia mágica con las palabras que acabamos de reproducir, se cumplen. Se extingue absolutamente solo. Agoniza toda la noche del 23 de noviembre de 1870. Nadie entra a su cuarto funerario, a excepción de aquellos que son menos que nadie para la intimidad de un hombre: un mozo cualquiera, el dueño del hotelucho, un vago funcionario... Se calcula, a los efectos del acta legal, la posible hora de su muerte. Salen favorecidas las ocho de la mañana.

En estas palabras del acta de defunción, SIN OTROS DATOS, se ha querido ver algo misterioso, algo que tenía atingencia con la policía política del Tercer Imperio, dedicada a suprimir todos los adversarios o sospechosos de oposición. Se ha forzado la hipótesis hasta relacional a Lautreamont con un orador Ducasse, citado por Jules Vallés.

Ya tiene suficiente misterio la vida de Lautréamont. El de su impenetrable soledad, el de sus pesadillas y, finalmente, ese tremendo que se ensaña en ocultarnos hasta las minucias de su vida cotidiana: pasos, ternuras, conversaciones, delicadas memorias de todo existir, son ya bastante para que le inventemos otro.





★ EL BALAZO PIADOSO ★

Pedro González Gastellú

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

CUANDO falleció mi padre, yo terminaba de dar ingreso a la Facultad de Derecho. Durante los años del Nacional había sido un alumno distinguido, clasificado siempre con las mejores notas y muy estimado por mis profesores y compañeros. Por ello, mi padre, tan parco siempre en efusividades, cuando terminé el bachillerato, me hizo el mejor elogio de que era capaz: golpeándome en el hombro me había dicho: "Así me gusta". Yo me puse muy orgulloso con esta demostración, pero más que yo mi madre, la que, tocada por la escena, cuando se retiró mi padre, me apretó contra su pecho, mientras las lágrimas le impedían expresarme todo su gozo. La pobre viejita siempre había tenido una gran debilidad por mí: desde pequeño me consideraba un "niño modelo". Bien es verdad que yo era único hijo y que ella contenía una profunda ternura y ansia de amor, sin otro más que yo en quien volcarla, pues ya he dicho que mi padre era poco afecto a exteriorizaciones sentimentales. Por otra parte, siempre había sido yo muy cariñoso, de buenas condiciones morales, muy seriecito y despierto, lo que hacía que, a los vecinos y parientes, no les pareciera exagerado el juicio que de mí tenía formado mi madre.

Cuando papá decidió que debía seguir una carrera y me puso pupilo, ella quedó en el pueblo, empapada en lágrimas. Me despidió como si me fuera a la guerra y, hasta que volví para las vacaciones, creo que no pasó noche sin que, antes de conciliar el sueño reacio, no bañara mi recuerdo con el desconsuelo de su llanto. A fin de año, terminados mis primeros exámenes con clasificaciones sobresalientes, [illegible] recibió con todos los honores de un vencedor. Orgullosa de mi hazaña, me llevó de visita a las casas de los amigos y parientes, con el solo objeto de demostrarles cómo era yo de inteligente y aprovechado:

—En casi todas las materias ha sacado 10 puntos. En Geometría lo felicitaron. ¿Se dan cuenta ustedes? ¡Geometría! ¡Con lo difícil que debe ser esa materia! A ver, Totito, decile a las señoras qué clasificaciones sacaste...

La noche del velorio de papá, en un momento en que los amigos nos dejaron solos, me había dicho, tomándome la cabeza entre sus manos:



—Si [illegible] ido, pero yo no me siento abandonada porque te [illegible] de ingresar a la Facultad y yo sé que seguirás [illegible] buen muchacho de siempre y te recibirás de abogado. [illegible] estudies yo sabré arreglármelas para que no te falte [illegible]; pero después tú tendrás que ser mi ayuda y mi sostén.

—Mamita, te juro... — comencé a decir, emocionado hasta la angustia.

—No digas nada, — me interrumpió; — si yo sé que eres un hijo modelo, hijito mío... — y nos echamos a llorar, uno en brazos del otro.

Entré a la Facultad, exuberante de optimismo. Ningún constructor de castillos en el aire tuvo nunca mayor plétora de proyectos que yo. Nadie tampoco más seguro de su propia suficiencia. Mi vieja tendría motivos para enorgullecerse del "hijo modelo"...

Allí me hice amigo de Madueña y en la pensión conocí al mono Robles, dos buenos muchachos, un poco tarambanas, pero que después han seguido siendo decentes, a lo que creo. Madueña, que también acababa de perder al padre, había recibido una discreta fortunita, a la que estaba dando curso con despreocupación de flamante heredero. El mono que, por su parte, ya diera cuenta de los pocos pesos que hacía tiempo le tocaron, tenía hecha una buena experiencia de los lugares de diversión, vinculado especialmente a los corrillos teatrales. En aquella época triunfaban las revistas españolas ("La Tierra del Sol", "España de Pandereta", Blanca Pozas, Julita Fons, Penella, Velasco, el ronco Padilla...); por lo que, con la plata del uno y las relaciones del otro, no tardamos los tres en ingresar al mundillo que tanto nos atraía con su relumbre de trampa y cartón. Confieso que de entrada me enamoré de una corista, bastante esmirriada ella, pretenciosa y guarangota que me tomó el pelo hasta el cansancio; cosa que, por lo demás, no me preocupó nunca, pues de quien estaba yo enamorado, no era precisamente de ella, sino de una española maja y garbosa que sólo en mi imaginación existía.

No faltábamos noche al teatro y después de la función esperábamos a nuestros programas y con ellas y las que se agregaban y los "tíos golfos" que se nos colaban, nos íbamos a tomar el chocolate a "La Castellana" o a cenar a "La Armonía", cuando no había caso de alguna juerguita, con chatos y cañas, en "La Pastora". Así nos sorprendía la madrugada y, como es natural, a la mañana siguiente no estábamos en disposición de escuchar las latosas exposiciones de nuestros catedráticos; por lo que, dando la espalda al día que nos dejaba entrar por la ventana abierta la patrona, seguíamos en camita, durmiendo y soñando...

A este paso llegaron los exámenes, donde luego de un 2 dadivosamente otorgado por Juan Agustín García, pegué un tropezón estrepitoso ante el serio empaque de Carlos Octavio Bunge. Como gato escaldado, huí del agua fría de Weigel Muñoz y me enfrenté con el desolador balance de un año tirado a la calle. ¿Qué le diría a la vieja, ahora? La verdad le hubiera causado mucho daño; por lo que decidí estudiar fuerte el año próximo, rescatando el tiempo perdido y seguir manteniendo en ella la dulce ilusión con que me adornaba...

No me arrepentí de la mentira, (aunque sí de mi conducta) al contemplar el magnífico espectáculo de su gozo cuando le comuniqué mi nuevo é[illegible]. De su enorme satisfacción deduje cuánto dolor hubiera apretado su corazón si le hubiese dicho la verdad. Y esa noche me la pasé en blanco, jurándome regeneración y dando suelta al loco constructor de castillos...

Pero el año siguiente, apenas pisé Buenos Aires, me tomó de nuevo el vértigo. Aquella misma noche, apenas llegado, fuímos a parar al cabaret de Fritz, donde, después de procurarnos una buena borrachera, me dieron a probar cocaína... No volví a tomarla hasta mucho tiempo después, cuando ya mi desbarrancamiento era completo...

Allí mismo conocí a la Yoya, la que no se despegaría más de mi vida, (por mucho que tantas veces traté de deshacerme de ella), y, por su intermedio, trabé relación con el ñato Carranza, que me llevó al Hipódromo y a las timbas de Avellaneda. Como sucede siempre, comencé con suerte; pero al finalizar el año me encontré lleno de deudas y con los libros intactos...

Por un resto de escrúpulo, al volver con mi vieja, no me atreví a repetirle la fingida crónica de mis éxitos, diciéndole que este año había andado un poco flojo, por lo que tenía que dejar una materia para marzo. Ella no dijo nada, pero esa noche, al volver tarde a casa, escuché a través de la puerta de su alcoba, sus acongojados suspiros... Estuve a punto de entrar y confe-



sarme de rodillas ante ella y mandar al demonio carrera y compromisos y quedarme para siempre a su lado, trabajando en el campo o lo que fuere...

Pero lo cierto es que volví a Buenos Aires antes de tiempo.

La Yoya cada vez se aferraba más a mi debilidad y yo, mareado en el remolino, en vez de reaccionar; iba desprendiéndome, día a día, de todos mis escrúpulos. Acepté dinero ganado en triste comercio. Después se lo exigía. Alguna vez llegué a pegarle, porque traía poco... Pero el alcohol y el juego me minaron tanto que, al último, hundido en la impotencia, era ella quien me castigaba.

El ñato Carranza, para ayudarme, me propuso que levantara quinielas, de las que él era capitalista. Mi primera entrada a la policía fué por juegos prohibidos. Después tuve otras: entre ellas, por expendedor de alcaloides...

A todo esto mi vieja seguía creyendo que mis estudios marchaban regularmente y como, desde que comenzara, ya habían transcurrido cinco años, esperaba verme recibido para diciembre.

Precisamente el día del atraco al Banco, había recibido carta suya, esas cartas tan llenas de ternura entre su caligrafía infantil que me sacudían de emoción: "No veo las horas de que termines tus estudios", me decía. "Estoy vieja y pronto he de morir; pero ruego a Dios que me retarde un poco la hora, para poder gozar la dicha de vivir un par de años en compañía de mi modelo de hijo, ya triunfador". "Te agradezco las satisfacciones que me has dado y, ahora que estás ya al término de tu carrera, puedo confesarte que, si por una fatalidad, hubieras fracasado, echándote a perder como tantos otros, me habría muerto de amargura..."

Carranza fué quien me propuso el trabajo, pero yo me resistí hasta que la Yoya intervino y, después de una discusión borrascosa, me obligó a entrar en él. Los detalles del asalto al Banco son bien conocidos y no tengo porqué repetirlos; sólo sí quiero dejar constancia que fuí yo quien se opuso a que lo mataran al sereno. Para eso llevé un poco de cloroformo — (del que me quedaba de una partida que no había terminado de colocar) — y empapando un pañuelo, lo anestesié.

Descubiertos, en mala hora, atiné a refugiarme en la casa paterna. Durante el viaje maduré mi plan...

Se imaginarán todos la explosión de alegría de mi pobre vieja, cuando me vió llegar hecho todo un Doctor y hasta candidato a la medalla de oro. Pasó cuatro días en postrada adoración. Reía y lloraba, recordando el pasado, bendiciendo la vida. Era tan grande su exaltación que, a veces, parecía en delirio. Me tomaba entre sus brazos, sobre sus rodillas, como a un niño pequeñito y me mecía, cantando canciones de la infancia.

Yo, mientras tanto, con algunos pesos sobrantes del atraco, compré un revólver.

Aquella mañana, después de haber tomado el chocolate en la cama, que ella me preparaba y servía con delicada solicitud, unos pasos por frente a mi ventana me sobresaltaron en un presentimiento. A medio vestir, me asomé al balcón. En la esquina había dos individuos de características inconfundibles para mí; a mitad de cuadra venía otro, el mismo que había pasado por frente a la ventana. Al verme, los de la esquina, se apresuraron en dirección a casa. No había duda, eran los pesquisas...

Cerré la ventana, terminé de vestirme y, tomando el revólver, me acerqué sigilosamente al cuartito de costura, donde mi madre tejía una "écharpe". Sus manos ágiles manejaban las agujas con hábil seguridad. De espalda al sitio de donde yo la observaba, pensé que, en ese instante, estaría acariciando en su imaginación, el recuerdo del "hijo modelo". Empuñé el revólver y me acerqué, cautelosamente, a dos pasos de ella. Un rayito de sol le nimbaba la nuca. Me acordé de su hermosa cabellera rubia, cuando yo era chico, tan suave, tan fina, tan perfumada... Perfumada por sí misma, porque nunca usó esencias artificiales... Una vez, hundiendo mi cara en la espesura de sus cabellos, me acometió un ansia insólita de llorar y, así, los dejé húmedos de mis lágrimas... Este recuerdo lejano me hizo sonreír. Me aproximé otro paso. Yo estaba tranquilo, la mano firme, sin un temblor. Ella detuvo un poco las agujas y, fijando la vista en un punto lejano, suspiró. Aunque no me era posible verle la cara, sé que sonreía... Si ella entonces hubiera sabido la verdad, la terrible verdad, una congoja infinita la hubiera impregnado el corazón y toda la gloria de su vida, todo el gozo de su alma pura, se habría precipitado en un abismo de dolor más espantoso que la muerte... Sonó el timbre de la puerta de calle. Eran ellos que me venían a prender. Estiré el brazo. Repito que no me temblaba. Apunté a la nuca. Apreté el gatillo... y su venerable cabeza se desplomó sobre el respaldo del sillón, sin un grito, sin una queja, suavemente, mientras un hilo de sangre iba enredándose entre las finas guedejas de sus canas...

...Han pasado 15 años. En ninguna de las horas interminables de mi condena; ni cuando el frío de Ushuaia me traspasaba la medula con agujas de hielo; ni cuando los garfios del trabajo forzado me desgarraba los músculos; ni en la soledad de la celda; ni en las noches de espanto en que mis sueños se poblaban de monstruos y, al contemplar el panorama de mi vida rota, los sollozos me estrujaban el pecho; ni cuando las ideas, en mi cerebro, eran carbones encendidos, perforándolo; ni ahora mismo en que, acostumbrado a esta miseria, una gran resignación ha serenado mi espíritu, en ningún instante he sentido remordimiento por haber matado a mi madre. Tengo la convicción absoluta de que, al matarla, hice el mayor bien de mi vida...

MADRE GAUCHA

VERANO. Una seca prolongada castiga la zona. El Norte sopla persistentemente, sus ráfagas barren el suelo reseco, polvoriento. Los remolinos viborean recorriendo el campo; elevan nubes de tierra a gran altura. Los días turbios, "pesados", caniculosos, "galopan parejitos", desolando la extensión. Predomina el "güeserío" de las reses muertas. Con frecuencia se forman tormentas, que al "ñudo rejucilan" tajeando el cielo. ¡No llueve!

Sobre una lomada de aquel desierto infernal, se alza un ranchito a dos aguas: puesto de la estancia "El Eje", vigía de la inmensidad, nido de gauchos. A su vera, un sauce llorón ya no da sombra, amarillea, sufre. Su desnudez muestra un nido de horneros en un horcón, inconcluso, faltó barro.

—¡Rosaura! — llamó Melitón, jinete en su zaino overo, casi en la puerta del rancho, bajo el sol abrasador de mediatarde, portador de una mulita.

No obtuvo respuesta.

"Si será sopenca", masculló, impaciente ya. Porque, Melitón, hijo de aquellas soledades, criado lejos del roce de la civilización, es uno de esos seres huérfanos de sentimientos, sin alma, uraño, "taimao". Sus ojos chicos, negros, penetrantes, "poblaos 'e pelos", parecen salir de allá lejos, de entre dos hoyos, a ras del "gacho"; miran más "pal" suelo que "pa" los "costaos". El pucho en los labios, "apagao" o encendido, lo mismo da, tiene un lugar de ubicación a la derecha, entre un "portiyo" de bigote "chamuscao"; mueve perezosamente su cuerpo grande, "chafalote".

Su voz de trueno se dejó oir nuevamente; esta vez repercutió como un guascazo en la soledad:

¡Rosaura!...

—¡Rosaura!...

yuge, Rosaura intenta acudir solícita, más las dificultades propias de su estado se lo impiden, queda sentada al borde de la cama, desfalleciente, ahogada por un acceso doloroso que parte de sus entrañas, anunciando la llegada de un nuevo ser; se repone al instante, va hacia la puerta, y dice tomándose del marco:

—¿Qué querés?...

Melitón la mira displicente. Esos minutos que esperó le parecieron horas. ¿Motivo?: los naturales achaques de su consorte; "fantasías" como él dice. Causa de ello, hace una "carrada 'e días" que anda con el "recao dao güelta"... Se irrita con la facilidad del escuerzo. Habla al fin:

—¡Bendito Dios!... ¡Si te habrás güelto nena!...

—Vos no sabés d'estas cosas... — gimotea Rosaura.

—¡Sonseras!... ¡Sonseras!... ¡Puras mañas!... — afirma.

Lo mira; sus ojos hablan por élla.

Es la antítesis de aquella bestia humana: tierna, sumisa, apocada, buena esposa y "güen pión". Sufre resignada su destino, ya que no nació "pa" mejor suerte.

Dos meses antes, al comienzo de la seca, "entuavía" trabajaba "juerte". Al despuntar el día, mientras Melitón ensillaba para hacer sus recorridos diarios de los "alambraos" y el campo, ella lo hacía para que no faltara agua en el jagüel, manteniendo el charco siempre rebozante, aprovechando los ratos libres "p'acarriar güesos grasientos y leña 'e vaca pal juego"; pisar el pisingayo para la mazamorra y preparar charque "pal" locro, amén de otros menesteres...

El semblante de Melitón experimenta un brusco cambio, tórnase suave; en sus labios se dibuja una leve sonrisa. Más parece una mueca. Y enarbolando el armadillo, habla con voz melosa:

—Mirá lo que te truje...

—¿Y áhura... pa qué?... — responde Rosaura, con natural sentimiento.

—¡Ta güeno!...

Tose en sucesivo carraspeo, clavando los ojos como chuzas en Rosaura. Aquélla, presintiendo el desenlace, mira con indiferencia al animalito, que Melitón mantiene en alto.

—¿No era que se te háib'antojao mulita?...

Rosaura enmudece, fija la vista en el suelo.

—¡Hablá! — estalla.

—Si. . — responde temerosa —; pero... ya no hay tiempo... — prosigue armándose de valor —; no me vés... — añade corroborativa.

—¡Mañas son las que te veo!... ¡Gran perra!...

Y creciendo en cólera, en un arrebato injusto y cobarde, impulsó al animalito, produciendo ruido sordo el cascarón, al chocar en el piso reseco del patio, agrietado y duro como un mármol.

La perrada que permanecía a la expectativa, rubricó la acción, revolcando al animalito en una sucesión de tarascones.

—¡Juera! — ordena Rosaura a la jauría, compadecida de la mulita.

La contraorden de Melitón no se hizo esperar. Azuzó a la perrada desaforadamente, despiadado, salvaje:

—¡Chúaa! ¡Chúaa!... ¡Agarrelo, Taita!... ¡Chumbalé, Boliche!... ¡Chúaa!...

Los canes cargaron nuevamente, baqueanos en su "trabajo", tironeando de las garras del "tatú", destrozándolo. Volviéndose a Rosaura, con aire de triunfo, amenazador, dijo:

—¡Yo te viá dar, juera!...

Esta agacha la cabeza, temerosa. Una palabra más y el bárbaro de su marido la hubiese "envuelto" en la lonja de un lazazo. Debía esperar que se calmara. Tenían que hablar. El caso apremiaba. ¿Qué hacer? Fué interrumpida:

—¡Y áhura!... ¿Qué te has quedao haciendo en la puerta?...

—Nada... — respondió angustiada.

—¡Dentrá p'adentro! — ordenó.

Lo hizo, obediente como el perro, con la "cola" entre las "patas".

Fué a recostarse en la cama a llorar su desventura, desesperanzada, al oir el galope del caballo en que se alejaba Melitón. No había tiempo que perder. Rato más o menos y se produciría lo inevitable.

El puesto vecino, "ande" vivía su comadre, misia Máxima, distaba una legua larga cortando campo. ¿Cómo "dir" hasta allá, antes de que "juese" tarde? ¿Montar a caballo? ¡Imposible! ¿Esperar aquel momento difícil, abandonada al azar, sin los recursos de la "censia", sola? ¿Cruzar el campo a pie, en medio de las haciendas chúcaras? Sería peor el remedio que la enfermedad.

Reaccionó.

Tuvo una idea: defender el fruto de sus entrañas, su vida misma, a costa de cualquier precio. "¿And'estará la baya"?, se dijo. Abrió la ventanita del rancho que mira al Sud. Ahí nomás cerquita estaba su crédito, su compañera de siempre, la yegua. La pobre también sufría. Escarbaba sobre uno de los últimos cardos, aplastando las espinas "pa" no herirse al comerlo.

Instantes después se hallaba camino a lo de su comadre, cortando campo, con la yegua de tiro. Caminaban a la par, en medio de una resolana insoportable. El paso era lento, trabajoso. De a trechos se detenía, descansaba apoyando una mano sobre la cruz de la baya. Esta situación, antes que acobardarla, le daba fuerzas; avanzaba resuelta, animosa. De pronto su estado se tornó crítico, comprendió que no llegaría. Ya alcanzaba a divisar el puesto de su vecina, lejos todavía.

Ahora su desesperación, su angustia, eran enormes. Su cuerpo enfermo la vencía. Había fallado en el intento de defenderse... ¿Gritar?... "¡Pa qué!"... El viento venía en contra. Las chúcaras comenzaban a rodearla, amenazantes. Hasta ahí se había defendido valientemente; su coraje la había perdido; se le aflojaron las piernas, cayó..

Allá en el bajo, Melitón daba los últimos golpes de cuchillo, desollando una res que había degollado momentos antes para acortarle los sufrimientos. Extenuada por el hambre había caído. En varias ocasiones, Melitón la ayudó de la cola a levantarse, tratando de salvarla, todo fué en vano. Los carniceros chimangos, en su voracidad insaciable, hundieron su pico inmundo y sanguinario en los ojos de esa pobre bestia acalambrada, imposibilitada para defenderse. Un tajo a lo largo de la cola, abajo. Dos, tres tirones firmes del cuero y terminó. Quedó el "marlo" peladito.

Limpió la hoja de su cuchilla en la suela de la bota.

Envainó.

Flexionando el cuerpo, componiendo la cintura dolorida por la labor incómoda, y envolviendo la piel con el pelo para afuera, lo tendió sobre la grupa. En la cerda de la cola de su flete, se limpió las manos, sucias de sangre. "Peló" la guayaca del bolsillo de la blusa y mientras contemplaba brillar la res pelada, armó un cigarro. Al golpear la yesca para encender, un balerío ensordecedor se dejó oir a sus espaldas.

No le dió importancia.

Montó a caballo, desde ahí arriba alcanzó a divisar, allá, en el cuadro "e'las viscachas", algo que le llamó justamente la atención: las chúcaras se arremolinaron en una espantada, cargando curiosas nuevamente a un lugar determinado. "¡Oh, oh!.. ¿Y éso?..." Que las haciendas se alarmen cuando olfatean sangre, no podía extrañarle; pero... ¿y esa espantada?...

Estaba seguro que en aquel cuadro no había ninguna osamenta fresca. Ir hasta allá al tranco, era "cosa 'e sonsos", el sol le flecharía el lomo. ¿Alzar galope con el cuero? En primer lugar, las garras le castigarían los ijares al zaino overo, y a buen seguro se lo "desparramaría". "Dir" hasta las casas a dejarlo y "dispués enderesar p'ayá, era sancochar el mancarron al puro cuete".

Al fin se decidió.

Sonaron las garras en el suelo. Se fijó en el lugar que lo dejaba "pa dispués no andar campiando" y alzó galope cortón, castigado por el espejismo de los playones relumbrantes.

Llegó.

Trecho antes alarió a lo indio: "¡Juera güay! ¡Auja toro!..." A un silbido estridente agregó el flamear de su poncho fino. Las bestias se dispersaron atropellándose a curiosear de prudente distancia. Ante su vista apareció un cuadro que jamás imaginó. Su temple fuerte de varón "agayudo", cedió al influjo de la realidad cruda. Quedó perplejo, atolondrado; desmontó presuroso; torpe...

¡El era el culpable!

—¿Qué te pasa, Rosaura?... — preguntó conmovido.

Y aquella madre gaucha, sufrida, buena como siempre, que estuvo a punto de ser despedazada por las chúcaras a no mediar la circunstancia de haberse acompañado por la yegua, llevándola de tiro, respondió:

—Ya lo vés...

Y mientras la "fiera" vencida acomodaba el poncho para envolver a su hijito, que se debatía en aquel colchón de tierra hirviente, dijo ahogando un sollozo:

—¡Pobrecito!... ¡Stá yeno 'e tierra!...

Arturo J. A. Vásquez

Ilustración de ROJAS



HONOR DE CANALLAS

por

NESTOR IBARRA

Ilustraciones de GUEVARA

BETTY Montreal, que se llama en realidad Betty Jacquard, y cuyo apodo se debe a su ciudad de origen, fué condenada a veinte años de reclusión por un crimen cometido en el Estado de Oklahoma. He aquí, relatada por ella misma desde la cárcel, la historia del suceso que motivó su pena.

No: no maté para defenderme: maté... quizá por odio, o por asco. No lo sé bien. No es eso lo que declaré durante el proceso; no me hubiera servido de nada. Hoy puedo hablar sinceramente; les aseguro que es un consuelo. Tampoco me quiero hacer la buena; sé que soy mala.

Hace algo como seis años, estábamos en el café de Sammie el Amarillo, algunos de los buenos de la banda: mi amigo Scapafuoco, el jefe, el enano "Peter Pan", Jack Fleming, Dan Davidson, "Pepper" Brooks, una mujer completamente indecente, Sibyl la bailarina junto a Daddie Malone, Gary Woolsey y yo. Woolsey había bebido mucho y estaba diciendo groserías. En eso entró al lugar un jovencito bien vestido y pálido, que después de cambiar algunas palabras con el dueño del establecimiento, a quien parecía conocer, se acercó a nuestra mesa, y con ademán decidido y una gran soltura aparente, preguntó por nuestro jefe, nombrándolo. Scapafuoco lo miró con tranquila extrañeza, y volviéndose a Woolsey, que tenía a su lado: "Este es", dijo. Woolsey comprendió el papel que tenía que desempeñar y preguntó al mocito lo que deseaba.

—Caballeros —dijo— voy a presentarme. De mí no han oído hablar, pero de mi padre sí. Soy hijo de Mark O'Hara, el constructor. Hijo menor: me llaman Ted. Yo sé que Vds. son hombres de negocios, y vengo a tratar negocios con Vds. Un negocio particular y secreto, como todos los buenos negocios. Algo fácil y también diría interesante... Muy original. Lo tengo bien pensado.

—¿Desea Vd .alguna alhaja, señor O'Hara? — preguntó Woolsey.

—¿Alhaja? No, absolutamente.

—Entonces, no veo en qué podemos servirle. Vd. sabe que nuestro negocio es de alhajas.

El muchacho, que no era audaz sino de gran timidez, como yo, que soy mujer, había observado en seguida, se turbó tanto con esta ocurrencia, que no supo qué decir; y tal inocencia había en su cara, que el jefe abandonó toda sospecha y tomó la palabra:

—En todo caso, nada impide que Vd. diga lo que desea, caballero, aunque creo debe estar en alguna equivocación. Mejor sería ,además, que fuéramos a otro lugar. Considérese como invitado nuestro, y conozca a mis socios y amigos. El verdadero señor Scapafuoco soy yo. Este te Gary Woolsey...

Nos presentó a todos, quien con nombre verdadero, quien con inventado. A nosotras el muchacho, ceremoniosamente, nos besó la mano. "A la francaise", dijo sonriendo y como excusándose. Dan se reía; Jack movía la cabeza desconsoladamente, como si se tratara de un loco. Y fuimos caminando hasta el Dixie, pues la noche estaba hermosa. Los autos seguían.

—Señores, Vds. no necesitan fingir conmigo, como yo tampoco voy a fingir con Vds., dijo el muchacho en cuanto estuvimos instalados. Además, tenemos que simpatizar, pues estamos destinados, si mi plan se aprueba, a vivir juntos algún tiempo. Consideren que yo estoy perfectamente enterado de quiénes son Vds., lo que hacen, la vida que llevan. Y por eso, antes de conocerlos, los estimo y realmente los admiro. Yo estoy muy cansado de estudios absurdos y de la sujeción verdaderamente tiránica a las voluntades de mi familia.

—Todo eso es muy interesante, dijo Scapa. Un caso psicológico. Siga Vd.

—No teman nada de mí. No soy un espía. Soy una persona franca y leal con los amigos, como estoy seguro que son Vds. entre sí. En seguida van a simpatizar conmigo. Bueno. oigan Vds. Yo tengo un padre con mucho dinero... Vds. lo saben. Lo que no saben es que a mí me da muy poco, demasiado poco. No crean que yo soy una persona ávida. Quiero dinero, porque con dinero se puede hacer muchas cosas, y uno puede empezar la vida que prefiere... De modo que este es mi plan. Todo está en hacer un plan. Van a ver qué sencillo. Yo me quedo a vivir con Vds. Eso sí, tengo muy poco dinero encima, unos cien dólares. Tendré que ser huésped de Vds. A los pocos días, estarán inquietos en mi casa. Siento dar ese disgusto a papá, porque sé que me quiere. A la semana de ausencia, le mando una carta, bien concebida. Le digo que me han secuestrado. Vd. ve que todo esto es enteramente nuevo. Mi plan se basa en algo desconocido hasta ahora; la alianza del secuestrador y del secuestrado. De esto se puede sacar un enorme partido.

—¡Admirable! — murmuró el jefe.

—No diré tanto, dijo el muchacho. Esperen un poco. Hay algo más original aún. Y es que se pedirá poco dinero por el rescate. Vds. dirán: ya que se da el golpe, darlo por algo que valga la pena. Pero es que Vds. no han reflexionado sobre el caso. Yo pienso que si se pide poco, mi padre no tendrá inconveniente en someterse en seguida a las condiciones; ni se le ocurrirá recurrir a la policía, ni averiguar siquiera quiénes son los secuestradores. Si se pide mucho, todo cambia. Primero,, habría que estar seguro de que mi padre quiera hacer un gran sacrificio por mí. Hay que ver las cosas como son. No soy hijo único. Hay otro hermano mayor, a quien mi padre prefiere. Yo cuento menos en la familia. Creo que diez mil dólares es justo. Y para hablar claro: cinco mil para Vd., cinco mil para mí.

—Mi querido amigo, interrumpió el jefe, ahora en un tono distinto, nosotros no somos secuestradores, ni ejercemos actividad alguna que esté al margen de la ley. Somos comerciantes y hombres de negocios. Pero, de puro gusto, reflexionemos. Nosotros — hablo de los íntimos — somos unos diez. Además, menos de diez personas para un asunto así, no se puede. Con su sistema, ¿cuánto le tocaría a cada uno? Quinientos dólares. Vd. comprende que eso lo ganamos nosotros algo más fácilmente. En dos segundos, con una sola telefoneada, solemos hacer muchos miles, amiguito, muchos. ¡Quinientos dólares! ¡Pero ese es el precio de una caja de cigarros!

El jefe calló. Ted no sabía qué decir. Luego prosiguió mi amigo:

—Sea lo que fuere ,esto no es para decidirlo en un día, ¿verdad? Lo mejor será que intimemos primero. Somos hospitalarios, según buena tradición norteamericana. Por de pronto, estoy seguro de que Vd. aceptará hacer un viajecito con algunos de nuestros amigos, para estrechar relaciones. Fíjese qué casualidad. Mañana salen para Oklahoma los señores Fleming y Woolsey; tienen que firmar un contrato por allá. También va la Srta. Montreal, que desea visitar su familia. ¿Qué dice usted de acompañarlos?

—¿Eso quiere decir que en principio, Vds. aceptan mi plan? Es una cosa que yo necesito saber; perdonen mi impaciencia.

Sin contestar, pero sonriendo amablemente, Scapa pidió más bebida a un mozo que pasaba. Brindamos por nuestro nuevo amigo. Por primera vez, los ojos de Ted se cruzaron con los míos.

Fleming, Woolsey y yo teníamos efectivamente que ir a Oklahoma. Se trataba de un oglpe más o menos importante — unos ocho mil dólares —; había que hacer valer nuestros derechos a cierta propiedad cuyos títulos habían sido conseguidos por un tal Armstrong, agente nuestro cerca de Talhequah. La verdadera propietaria era una vieja analfabeta más o menos demente, cuyo hijo estaba a la sazón en Oklahoma, donde yo tenía que retenerlo algún tiempo, mientras los otros operaban, pues su llegada a la propiedad hubiera arruinado nuestros propósitos. Además, creo que lo que deseaba sobre todo el jefe era librarse de mí por algunos días; quería soplarle Sibyl a Malone, y precisaba cierta libertad; como si a mí se me importara de él y alguna vez lo hubiera vigilado. Apenas llegados a Oklahoma, subió al tren un detective que detuvo a Fleming y Woolsey; a Ted y a mí no nos dijeron nada: bajamos precipitadamente. Fleming está todavía en la cárcel; lo siento porque no es un mal chico. En cuanto a Woolsey...

Ted, a quien yo había tomado del brazo y a quien incitaba a que no mirara para atrás, estaba palidísimo. Entré a un correo, no el de la estación. Puse el telegrama siguiente:

"Necesito dos muestras más. Dos que venían conmigo se perdieron. — Baby".

Ted, discretamente, miraba para otra parte. Estoy segura que no leyó. Fuimos a un hotel. Le dije al muchacho: "Ponga Vd. en el libro: John Parker y Sra". Ted, siempre asustado, pero con una vaga sonrisa de importancia, firmó como yo le dije. Cuando estuvimos en la pieza, quise en seguida inspirarle confianza. Le pellizqué las mejillas y le dije, maternalmente:

—¡En buena te has metido, muchacho!

—Todo esto me gusta, afirmó. Pero ¿porqué detuvieron a los otros? Supongo que no será por causa mía.

—No, seguramente. Será alguna denuncia.

—¿Denuncia? ¿No de parte de alguno de Vds.? Tengo entendido que entre Vds. sólo hay gente muy leal, y que los traidores se desconocen absolutamente.

—Así es, dije.

—No, no es así; contestó, viéndome la cara y comprendiendo. Y ¿qué interés podrían tener en denunciar a esos compañeros suyos? Dígame... supongo que conmigo sabrán portarse como caballeros; ninguno de Vds. pensará en denunciarme...

—¿Denunciarlo? ¿Cómo?

—Sí, escribirle a mi padre algún anónimo, informándole que todo esto es invención mía.

—No, muchacho, eso no lo harán, dije.

—Y se tranquilizó... Pero faltaba mucho aún para hacerle comprender lo que yo quería; quitarle esas locas ideas de la cabeza... Lo conseguí por fin. Vi que ese proyecto era una decisión brusca, una veleidad sin fundamento. Vi que era sólo un buen muchacho extraviado. Y le propuse — sin dejar de pensar todo lo que arriesgaba yo — que a la hora del tren de vuelta para Chicago, se escapara, volviera a su casa. Le dí algún dinero. El debía encerrarme de afuera en la pieza. Yo fingiría, diría cualquier cosa, apelaría a la influencia de Armstrong. Lo más difícil era convencer al jefe de que bruscamente Ted se había asustado y mudado de propósito, y que yo lo había dejado escapar; pero algún modo encontraría...

Ted me gustaba. ¡Era tan diferente! No se lo oculté. Sólo nos quedaba una hora juntos; no lo volvería a ver más. Lo besé en la boca... "Somos marido y mujer; tú mismo lo has escrito", le dije riendo. ¡Pobre Ted! Estoy segura de que no había conocido antes a ninguna mujer.



Cuando llegaron las siete y cinco, le dije: "Es ya hora. Sabes lo que tienes que hacer". El estaba como borracho. Se fué sin despedirse apenas. Cerró la puerta con llave, según lo convenido. Yo miraba a través de los visillos, esperando algún tiempo antes de golpear la puerta, pedir auxilio, fingir confusión y arreglármelas como pudiera. Y en eso me veo aparecer por la calle a Woolsey, al mismísimo Woolsey, que no sé cómo había conseguido en seguida la libertad. Se apersonó a Ted; éste, en su confusión, seguramente no le ocultó mi paradero; además, ¿para qué? Tampoco hizo nada por huír. Los dos se vinieron a mi hotel, a mi cuarto. Yo me extendí en el suelo, fingiendo un desmayo producido por algún golpe de Ted. Woolsey me levantó sin decir palabra. Acabé por contar la premeditada mentira.

—Te entenderás con el jefe. Y Vd., mi amigo, es demasiado inconstante. Con todas estas maniobras contradictorias, Vd. nos compromete. Además, ¿es este el modo de portarse con una dama?

Ted se excusó; me miraba a mí.

—Bueno, ahora tendremos que irnos. Aquí tenemos enemigos, siguió Woolsey. Iremos al almacén de Armstrong, cerca de Talhequah.

—El destino es destino, dijo Ted después de un



silencio. Vayamos adonde sea. Lástima que el jef[e] no haya querido escuchar el plan detallado que y[o] tenía: era mucho mejor.

A la mañana siguiente, estábamos en el almacé[n] de Armstrong: un surtidor de nafta y algunas pr[o]visiones a quince kilómetros de Talhequah. Arm[s]trong era primo hermano de Woolsey y bastant[e] parecido a él.

—"¿Y? ¿Qué hay de esa carta?, le preguntó Woo[l]sey a Ted, esa misma tarde.

—Estoy listo a escribirla. El dinero debe coloca[r]se en la forma siguiente: escuche.

—Mejor copie lo que le voy a dictar. Ted se s[o]metió. Este fué, muy poco más o menos, el text[o] de la carta:

"Padre: supongo estarás muy intranquilo por m[í] y harás muchas suposiciones. La verdad es que m[e] han secuestrado personas desconocidas. Estoy e[n] buena salud y me tratan bien; me hallo lejos d[e] Chicago. Los que me tienen incomunicado exige[n] doscientos mil dólares por mi rescate. Si quiere[s] volverme a ver, el viernes 11 a las siete de la tard[e] harás tirar en una valija ligera la suma en cue[s]tión en billetes de a diez ,detrás de la indicació[n] kilométrica 87, entre Houston y Galveston, y en el mismo sentido, es decir, a mano izquierda bajand[o] al Golfo. Harás esto por medio de cualquiera de t[us] conocidos de Galveston, pero dando órdenes expr[e]sas para que no avisen nada a nadie, puesto est[o] equivaldría a mi muerte. Espera volverte a abraza[r]. Tu hijo — Ted".

Cuando tuvo que escribir "doscientos mil dól[a]res", Ted se sobresaltó, pero no dijo nada. Una ve[z] firmada la carta propuso agregar un post-scriptu[m] que tenía pensado; lo que Woolsey le concedió de[s]pués de haberlo escuchado. Decía así: "Te escrib[o] solo y sin testigos: lo que lees es la absoluta ve[r]dad". Ted se puso ufanísimo al ver que le había[n] aceptado ese agregado, según él, indispensable.

Woolsey, que tenía guantes, cerró la carta y se [la] dió a Armstrong, el cual salió en seguida. Al ra[to] Ted se puso extremadamente nervioso.

"¡Doscientos mil, doscientos mil!, repetía. ¡E[s] demasiado!".

Otras veces tomaba un tono resuelto y decía:

—Doscientos mil, está bien; pero a mí me corre[s]ponde la mitad; ese es el trato.

De cuando en cuando, me parecía que me mirab[a] tiernamente. Transcurrieron largos días, extremad[a]mente aburridos. Woolsey no me dejaba nunca co[n] el muchacho. Una vez sin embargo, aprovechand[o] que estábamos solos por casualidad, me dijo:

—Vd. fué muy buena conmigo. Pero ¿ve que n[o] había porqué alarmarse?

Pero pasaban los días y los días, y Ted, sin dec[ir] nada, comenzaba a inquietarse o a tener moment[os] de gran abatimiento, que disimulaba como podí[a]. A veces — muy pocas — Woolsey sostenía conve[r]saciones telefónicas; no podía averiguar con quié[n] pues el hombre era en extremo reservado. Supe s[o]lamente que Armstrong había entrado en relacion[es] con el viejo O'Hara.

Ted me pidió permiso para salir, dar una vue[l]ta; podían tener confianza en él. Woolsey, natura[l]mente, se negó. "Nosotros también estamos encerra[]dos aquí, dijo, y por culpa suya".

Por fin, el día 18 de febrero, un auto pasó fren[te] al almacén e hizo sonar la bocina en la forma co[n]venida: un toque largo, dos cortos, otro largo, ot[ro] breve. Woolsey salió solo, dejándome encerrada e[n] la cocina. Habló largo rato con alguien; despu[és] supe que era "Peter Pan", el enano, que sabía m[a]nejar sentado debajo del volante, inaccesible a l[os] disparos.

Wollsey volvió, me abrió la puerta. Sentí que [el] auto se iba.

—"¡Noticias!, dijo Woolsey a Ted y a mí. ¡L[os] tenemos!"

—¿Tenemos qué?

—Los doscientos mil.

—¡Qué maravilla!, exclamó Ted. ¿Cuándo me d[e]jan ir? El pobre muchacho no pensaba ya en el d[i]nero, sino en su libertad. ¡Cuánto había debido s[u]frir en esos cuarenta días de reclusión! Había sid[o] valiente a su modo.

—Mañana vuelve Armstrong, dijo Woolsey. D[e]be tener instrucciones.

Y se fué, dejándonos solos a Ted y a mí por u[n] largo rato, lo que me extrañó muchísimo. Lo segu[í] para preguntarle detalles. Se negó a contestarm[e]. "Ve con el chico", me dijo.

Volví. Ted hacía proyectos para el porvenir.

—¡Cien mil! ¡Cien mil! Estoy seguro que me l[o] darán. ¡Qué acertado estaba el jefe! Yo no cre[í] que mi padre diera tanto por mí. Debe quererme. E[n] realidad, para él es poco, para mí es mucho. Por f[in] voy a gozar de la vida. Y me voy a acordar de l[os] amigos. La parte que les toca está bien; pero qui[e]ro agregar algo por mi cuenta. Por ejemplo, Woo[l]sey... Yo creo que Vd. no lo quiere. Es un hon[]bre de méritos; serio, silencioso... son cualidad[es] que aprecio: las tendré con el tiempo. Bueno; pie[n]so regalarle algo a él; aunque no sea en plat[a]. ¿Qué le parece una buena docena de cajas de c[i]garros? El jefe decía que había algunas que co[s]taban quinientos dólares.

En eso, se abrió una puerta y sonó un dispar[o]. Teddy cayó. Woolsey se acercó al cuerpo, lo d[io] vuelta de espaldas. Le miró la cara. No había cr[is]pación en ella: las cejas levantadas sobre los o[jos] pálidos denotaban más bien una enorme sorpresa.

—"¡Pobre imbécil!" murmuró Woolsey, y ca[lló] un rato. Luego se dispuso a levantar el cadáv[er] por los hombros; dejó el revólver sobre una silla.

—Vd. va a tener que ayudar, prosiguió sin mira[r]me. Prepare el auto, ya es de noche. Tenemos qu[e] echar esto al Arkansas.

—Yo, mientras tanto, y a lo traidor, me hab[ía] deslizado por detrás de él y agarrado el revólve[r]. Tiró. El hombre levantó los brazos y cayó sobre Ted; separé los cuerpos. Al de Woolsey lo dejé pa[ra] abajo.

Subí al auto y eché a andar camino de Talhequa[h]. No es que no pudiera pasar la noche junto a l[os] muertos; ya me ha sucedido otra vez. Pero tem[í] que Armstrong volviera de un momento para otr[o].

Sólo a los dos meses me detuvieron.

Blanda y Sonsa, por Venancio Montiel

ILUSTRACION DE ROJAS

CUANDO dos mujeres dejan y ven morir una tarde linda sin decirse nada, hasta el más zonzo debe asegurar: algo les pasa. Esto al pasar, observado "de a caballo" y al galope, porque si el zonzo que las mira las vé sentadas y apoyadas de espaldas al rancho... bueno, que la reflexión se agranda y se hace duda.

¿Estarán enojadas?; ¿rabiosas?; ¿doloridas?...

La más vieja pase; es vieja y puede estar aburrida de hablar de ella y de los otros, pero la joven... ¿En qué, con quien y en qué tiempo tuvo ocasión de gastarse hablando?

Cuando madre e hija adoptan una misma actitud, en fijá que anda en danza un padre o un marido. Oigámolas:

—Hoy es... mama...

—Justo, hoy cinco años que se jué el indino...

Un hombre en juego.

Ambas mujeres no han podido enterrar todavía el recuerdo del que debió unirlas y hacerlas feliz.

¿De quién "era" el ausente?

—Yo te dije, Catalina: no me gusta ese hombre pa marido tuyo.

—Sí, mama, sí. Ya estoy cansada de oírselo decir.

De la hija había sido. Pero, y a ésta, ¿quién la trajo al mundo y quien la crió? Los testigos, el cura, los anillos y aquel andar tocándose esa tarde que fueron a la capilla, la hicieron dueña del ausente... muy bien; pero la madre se vistió de fiesta cuando su hija de blanco y azahares y no pensó más en su viudez pobre, ni en los años cumplidos, y llegó hasta hacer este balance: "Si muero dejo a mi hija con dueño". Y esa tarde cerró el boliche de su preocupación porque un extraño le compró lo más caro que tenía.

Pero han pasado cinco años. Entonces, pensando frente a la tarde, ¿qué hacen?: ¿lloran callados o esperan?

Esperar es imposible. El ausente sólo podría venir a pedir perdón para en seguida irse, o a morir donde debió vivir, que así suele pasar con los que en un día levantan vuelo y en otro se acuerdan de morir.

Catalina espera; talvez menos por ella, que por aquello de que los caminos así como llevan traen.

Si al quedarse sola su madre le hubiera dicho: "borralo a ese y pensá en otro", las cosas pasarían de otro modo, pero bien recuerda ella aquellas palabras lapidarias de la autora de sus días: "ahura m'hija, a encerrarnos y a olvidar".

¡Olvidar!... Sí; pero a cualquier otro que al irse no se hubiera llevado "eso" que a ella le nació en la boca... y en el cuerpo después.

Y se va la tarde y se van por los campos aquellos cuatro ojos de los cuales dos parecen recién salidos del agua.

La madre empieza a cambiar de postura. ¿Será que ya no puede aguantar el deseo de interrogar a su hija? Justamente, y se animó cuando las primeras sombras del atardecer le disimularon el temblor de sus labios.

—M'hija...

—Mama?...

—¿En qué pensás?

—¡En tantas cosas!... Oh... ¿Pa qué apartarle una?...

—Pa que sí, hija; pa ver si pensamos en lo mesmo.

Pienso en Florencio, mama; en aquel día de hace hoy cinco años... en lo que lo lloré... en lo que sufrí... ¡Tantas cosas pienso!...

—¡M'hija!... ¿Vos me querís engañar? Esas no son varias cosas; es unita nomás.

—Cierto, mama. Pero...

—¡Qué cosa!... Cuando olvidaremos eso...

—Cuando pase el tiempo, mama...

—¿Más entoavía? ¡Pa que darán almanaques los pulperos!...

—Quedar los espejos, mama.

Dos suspiros; dos ganas de mojar las batas, la noche rodando y rodando y pregunta tras pregunta, poco a poco se van alivianando en palabras de la pena que tienen adentro.

—Mama, ¿y si volviera?

—Yo lo escupo, ¿y vos?

—A lo mejor le hago lo mismo... a lo mejor lo abrazo...

—No harás ni lo uno ni lo otro, m'hija. No volverá.

—Escuche mama: Florencio está acá.

—¡No!... Hija; decime que no es cierto.

—Usted me enseñó a no mentir, mama.

Se fueron a dormir fatigadas de tanto bordar conjeturas en torno al regreso del ausente.

—¿A qué vendría? ¿Qué harían ellas si se les presentaba? ¿Qué razones daría de su ida y de su vuelta?

Tantas actitudes ensayaron que el sueño se compadeció de ellas y "las" durmió.

2

Florencio había vuelto; pero no solo. Se trajo al pago un gurisito de tres años, que dió mucho que hablar. Paseó con él por todos los ranchos donde dejó amigos. Siempre la misma respuesta: "sí; es m'hijo".

Más vale lo hubiera callado. Después de tanto mostrarlo había quien preguntaba: ¿Es cierto que Florencio volvió con un hijo mozo?; quien, si con más de uno, y quien comentó: pobre la madre, asegurando que lo "mismo que acá había hecho por allá".

Por cientos llegaron los chismes al rancho de la que fué su mujer; y ella, ¡la pobre!, no sabía a quién y qué creer.

Su madre lo creía todo; todo lo que oía y lo que pensaba. ¡Y las cosas que pensaba!

—"De otro no puede ser". "Un hombre que dejó a su mujer, mal puede compadecerse de hijos ajenos". "Y si es hijo de verdá, lo criará por no tirarlo". ¿Cómo puede querer a un hijo si no quizo a la mía?".

A su hija, en cambio, poco le importaba el gurí. Lindo o feo, negro o rubio, ajeno o propio, le daba lo mismo. Ella se desesperaba por saber si la madre había muerto.

—"Maldito hombre ¿pa qué haberá güelto?" — repetía la madre a cada rato, en tanto que su hija al oirla decía: "Y mama... pensar es llamar".

Y desde aquel día empezaron a querer desencontrarse para no chocar.

Una halló consuelo en la soledad de la costa y en los trapos sucios. Allá sí que podía gritar: "mi yerno es un indigno", al tiempo que desfogaba su furia apaleando la ropa con el pretexto de blanquearla; y la otra, la más tierna, suavizó sus ganas de hablar con un hombre mirando esos bultos que forman caballo y jinete por los caminos; bultos que para las esperanzadas nunca "van" sino que vienen.

—¡Pobrecita! Fué esposa, pero al perder su marido novió cinco años con el recuerdo. Si no era su mujer, ¿qué podría reprocharle? ¿Preguntarle dónde pasaba las noches?... Habían pasado cinco veces las cuatro estaciones y a razón de 365 noches por año...! Ni midiendo en leguas y contado apurada!...

Y consultando a su boca y a su alma, hubiera dejado al campo sin margaritas.

A las nubes les decía: Lo quice; y cuando a medianoche ladraban los perros y se imaginaba sentir: "Ave María Purísima", sin querer le cambiaba el tiempo al verbo. Decía: lo quiero.

A los siete días de la primera noticia del regreso de Florencio, Catalina empezó a perder carnes, a fuerza de darse por comida con sólo decir: mañana... mañana vendrá.

3

Desde el interior de un rancho nadie sabe quién grita afuera "Ave María Purísima", como tampoco sabe el visitante cómo lo van a tratar en seguida de responderle "Sin pecado concebido; dentre".

No las tenía todas consigo Folrencio; pero sabía que la china era buena y que su suegra andaba por el campo.

En el patio golpeó las manos y le respondió la boca del rancho enmarcándole dos ojos grandes y un pecho jadeante.

Jamás se nombraron tan largo.

—¡Florencio!...

—¡Catalina!...

Y murieron por varios segundos y se quedaron así, atontados, no atinando siquiera a borrar con tres pasos ese par de metros que los separaba.

—¡China!...

—Sentate Florencio.

Así, tal cual se sentó Catalina, morían antes los indios y los muestran ahora.

—¡Cinco años!...

—Cinco años y unos días, Florencio...

—Anduve mucho, china....

—Yo he llorau más de lo que vos anduviste.

—¡Que porquería semos los varones!...

—Pa algunas. ¿Te golviste a casar por ahí?

—No, pero hice un hijo. ¿Le tenís rabia?

Ni "a qué venís", ni lágrimas y sólo de cuando en cuando pocas palabras que decían mucho:

—Tu mama me va a querer comer.

Y... suponete vos, pero, si me aprecias algo aguantala.

Florencio miraba mucho a su rebenque y Catalina a su dueño. Cinco años lo habían envejecido un poco. Cierto que a él le gustaba mucho andar de noche, pero eso que le blanqueaba en las patillas no podía ser esa esa plata que pierde la luna por aclarar las noches, como tampoco marcas del chambergo, esas rayas que le zurcaban la frente.

También Florencio llenaba los silencios con reflexiones: "Debe haber salido poco; está muy pálida..." "De buena que es me recibe"... Y serenóse pensando que en la actitud de Catalina parecía estar ausente su madre.

Como a las dos horas apareció un perro y atrás la madre.

Otra hubiera llorado, pero ella no era de esas. Prefirió hablar y ¡Oh las cosas que tuvo que oír el paisano!... Catalina era "una pavota, blanda y zonza", y él "un audaz, mal nacido y peor criau". De ser cierto todo lo que le dijo, Florencio debería estar o varios metros bajo tierra, o pudriéndose en un calabozo. Habló mucho y "grueso", y de cuando en vez le cortaba los parlamentos un:

—Sí señora, sí...

—No me diga señora, su cochino.

—¡Mama!...

—Callate vos, infeliz. Decime che ,alzau: ¿a qué venís?

—Qué se yo.

—Claro; a lo mejor ese mesmo "qué se yo" es el que te corrió de aquí hace cinco años. Hacelo meter preso antes que jorobe a otra.

Nunca oyó tales cosas Catalina; jamás prudenció tanto Florencio, y la madre, ni rezando en su casa, ni yendo hasta la capilla, prometió a la noche un sueño más tranquilo.

La oración sorprendió a las mujeres solas y a Florencio al paso corto de su pingo, camino al pueblo.

Catalina se quedó un rato en la tranquera viéndolo alejarse. Temía acaso que los insultos que le propinó su madre lo voltearan del caballo.

A la hora de la cena sólo un churrasco las unía. Quedó más de la mitad.

¡Bendita sea la noche porque oculta la rabia y el llanto! Catalina, desde el catre, boca arriba, busca en el techo del rancho una luz que ensucie la sombra, en tanto su madre bosteza e insulta. Bosteza, insulta... y ronca.

Buenas noches, noche...

4

Buenos días, día.

—¿Durmió, mama?

—Un poco, y otro soñé.

—¿Qué soñó?

—Que tenía un cogote entre las manos y lo torcía como a trapo.

—Mama...

—El sueño es libre ¡Oh!...

Y así uno, dos, varios días con sus una, dos, varias noches.

Una tarde Catalina oyó de labios de Florencio todo el porqué de su conducta anterior, y con esa confesión adentro anduvo rumiándola todo un día. Luego aprovechó la oportunidad en que su madre lavaba cantando unas mudas en la tina y allá se fué dispuesta a hacérsela conocer.

—Güenas tardes, mi mama querida

—Sí, sí... Te conozco mascarita. Hablá, que de mientras jabono te escucho.

—...Y fíjese mama que él se fué a pesar de quererme. Lo de siempre; se le atravezó por el camino una mujer que le gustó... y... primero la siguió pa ver ande vivía, y en dispué dentró... y... y, se entretuvo con ella unos días. Cuando le fué a decir que se venía otra vez conmigo, porque yo era su esposa y me quería, ella le dijo: esperá unos días más. Y un día y otro día... endispué no la quizo dejar porque iba a ser madre.

—Aha...? ¿Y...?

—...Y... que cuando ella dió a luz, Florencio se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" 'y otra vez porque dió el primer "gateo"... se jué quedando y quedando hasta que pasaron cinco años. Pero él me quería a mí... y me quiere... y yo a él.

—¡Fíjensén!... ¡Miren lo que dice esta sopenca!... Más que hija parecés mi sirvienta. ¡Que va ser d'él la culpa, es de nojotras... ¡Infeliz!

—¡Pobre el gurí, mama!

—Sí; tenele lástima y vas a ver que un día de estos te lo trai.

—¿Y eso qué tiene, mama? Yo le pedí que me lo trujera pa conocerlo. ¿Hice mal?

—¡Pero!... Callate; sos más blanda que un higo caído. Salí, salí... Borrate.

Lo previsto por la madre. Un buen día Florencio cayó de visita con su hijo. Catalina lo miró como se mira a un juguete. Le pasó la mano por la cabecita; le dió un pedazo de asado frío y lo mandó a jugar con el perro. Su madre, viéndolo todo perdido, no acusó la situación y por no verse obligada a mirarlo, cosió "sietes" toda la tarde. Iba y venía la aguja y en tanto pensaba: medio soy abuela.

—¿Cómo se llama el gurí?

—Como yo, Florencio.

—¿Es sanito?

—Hasta ahora sí, pero... ¡El pobrecito se está criando sin madre!...

Aquí la madre tiró los trapos que tenía en las manos y se metió en el rancho.

—¿Cómo era la madre, Florencio?

—Más'o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¿tirarlo?

—Claro.

Larga fué la visita de esa tarde. Catalina los acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo montado. Florencio cubrió a su hijo con el poncho, lo besó y se perdieron en las curvas y bajíos del camino.

Cuando la distancia los hizo horizonte, Catalina corrió hacia su madre ansiosa de conocer su opinión respecto al gurí.

—¿Qué le pareció el gurí, mama?

—¿Y a vos?

—¡Pobrecito!... Lindo... manso'e mirar...

—Aha; sí, mal ojo no tenés que digamos. — Y como queriendo dar por terminado el comentario, agregó:

—Vos, que yo sepa, nunca anduviste con barriga ni necesitaste partera, pero de puro blanda que sos, dende ya te veo criando.

Razones tuvo la madre para pensar así. Andando el tiempo los hechos parecían empeñados en no desmentirla. Primero fué sólo Florencio quien se arrimó al rancho con la naturalidad de los andariegos que vuelven después que salen a dar una vuelta, larga solamente si se la aprecia en años; después fué éste y su hijo. Ni dió razones del "crío" ni se disculpó diciendo: por esto me fuí y tal intención me trae. cierto que nadie se las pidió, que su esposa tembló al tenerlo adelante y que la bata le subía y le bajaba llevada por el temblor de los pechos, pero una cosa es no poder ocultar un cariño, y otra, y muy distinta, es decir "quedate", sobre todo cuando está en juego una actitud como la de Florencio.

Pasaban los días y las visitas eran cada vez más frecuentes. En una ocasión Florencio no se apeó del caballo pero les dejó el hijo con el cuento de salir a buscar trabajo.

—Malo — dijo la madre. — Tu marido no me ha dau nietos pero él me ve cara de agüela.

Catalina, en cambio, jamás dijo nada. Florencio o su hijo. A los dos o a cualquiera de ellos le ponía cara de fiesta. También al respecto discutieron madre e hija:

—Sos una idiota.

—Soy mujer, mama.

—Estás sirviendo de risa al vecindario.

—Que se vayan al diablo...

5

Un tronco grueso se va en llamas mientras la pava grita su hervor. Cabecea la madre; Catalina juega con la ceniza del fogón y de paso piensa, en tanto que el gurí se mira las rodillas viéndoles blandura de almohada.

Son ya casi las diez y Florencio no viene por su hijo. Lo dejó a media tarde para asistir con unos amigos a una "depositada" que se corría en las puertas del pueblo. Las conjeturas van y vienen:

—Se haberá entretenido, mama.

—O a lo mejor no han largau entoavía. Quién te dice que no se mamó unos de los corredores y no encuentran otro.

—Cómo le gusta herir a usté, eh? Si está cansá de esperar, vayase a dormir.

Y el silencio volvía ha hacerse entre madre e hija.

El gurí jugaba a me duermo y no me duermo con su cabecita. Catalina, entristecida, lo seguía en todos sus movimientos. Lo miraba con las entrañas; con sus entrañas de mujer que no sabe si su vientre será algún día nido de vajidos. Un año vivió con Florencio y le quedó la duda de su capacidad de crear.

Algo le descubrió en los ojos su madre, por eso le dijo:

—Jesús, cómo lo miras al chiquilín.

—Pensaba, mama, en si no seré machorra.

—Eso sólo lo puede decir una mujer que no ha tenido hijos a pesar de haber conocido a varios hombres...

Resonaron afuera unas carcajadas y ladró el perro.

—Zas — comentó la madre— borracho y con amigos.

Para suerte de Catalina se calló el perro y las risas siguieron rodando por el camino.

El gurí se durmió y la madre, para no ser menos, se tiró al catre a hacer lo propio, no sin antes recomendar a su hija:

—Cuando venga alcanzale el gurí dende la puerta; no lo hagas dentrar.

Al ratito nomás, Catalina velaba el sueño de ambos. La "especie" le salía por los ojos mirando al chiquilín. Se le iban los brazos y sentía en los labios la sensación de besar aquellas carnecitas.

—Florencito... — le decía, en tanto el viento de afuera le sacaba silbidos a la paja del rancho.

Tanto lo nombró, que en una de esas el gurí levantó la cabecita, abrió grande sus ojitos e inquirió:

—¿Qué, señora?

Y obtuvo por toda respuesta:

—No me digás señora; decime mama, gurí...

Bibliografía

EUSEBIO GOMEZ. — Delincuencia Político-Social. — Edic. "La Facultad".

Un concepto profundamente espiritualizador del derecho penal, informa la obra del profesor Eusebio Gómez. Su alejamiento de las contiendas políticas le otorga especial autoridad para abordar serenamente el dificultoso estudio de la delincuencia político-social. Pertenece a la escuela positivista que dió maestros de la talla de Ferri, Lombroso y Laschi. Pero sus dotes de investigador no le permiten encasillarse dogmáticamente en rígidos postulados. Sin amilanarse por las dificultades que desanimaron a Carrara, el señor Gómez avanza en su estudio con disciplina metódica. Al cuadro positivo de su estudio, añade una generosa concepción personal, la que, en último término, le lleva a rechazar la tendencia regresiva del nuevo Código Penal italiano, inspirado en la opresión fascista, tanto como la peligrosa teoría del jesuíta Mariana — Vita et principatu spoliari posse" — cuando habla de los tiranicidas, expresando que Mariana se equivoca al afirmar que, sin concurrencia de la voluntad ciudadana, de acuerdo al aforismo latino que acabamos de citar, el tirano "puede ser despojado del gobierno y hasta de la vida. Es así que declara en la página 72 del libro que nos ocupa: "La muerte violenta de un tirano tendrá las características de un delito político, si su autor, al realizarla, cede a un impulso generoso. La nobleza del móvil, que califica al acto, dándole significado preciso, adquiere, así, decisiva importancia. Puede excusar al tranicida: puede fundar la inpunidad del tratamiento especial. Pero no puede fundar la inmunidad del atentado contra una vida humana, por abyeca y nociva que sea".

También aporta el profesor Gómez una doctrina substancial de otros delitos políticos que, como la rebelión y la revolución, apasionan todos los ánimos, por haber sido tan frecuentes en el mundo de post-guerra. Asevera el profesor Gómez que la resistencia se legitimaría al tener las características de una defensa necesaria; que no se funda en prescripciones del derecho positivo; estos hechos, apreciados con criterio objetivo, no son delitos políticos, sino que responden a un motivo político altruista.

Otro capítulo del mayor interés es el cuarto, que estudia al homicida por pasión política. Abundante en documentación histórica muy precisa, contiene, asimismo, un aporte considerable a la psicología penal. Con buen criterio el señor Gómez quiere que el problema sea apreciado en su aspecto humano y social. Sostiene que la apreciación netamente jurídica es insuficiente. Precisamente este postulado, es el que da valor a su obra. El señor Gómez es un criminalista sociólogo. No cree, con sobrada razón, que la delincuencia en general y muy especialmente la de carácter político pueda ser objeto de un frío encasillamiento. Su libro trasciende el deseo de que a la ciencia penal se aplique una cierta intensidad de alma, una profunda, vigilante y atenta delicadeza humana — U. P. de M.

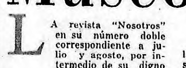
★

VERSOS de Paulo de Magalhaes. (Río de Janeiro, 1933).

Así quieren hacerme creer que se llama, pero es más bien una superposición muy precisa de láminas fibrosas, que forman un interesante prisma cuadrangular de uso desconocido. Considerado como alimento, deploro no poder silenciar que su falta de principios nitrogenados, de hidratos de carbono y de grasas neutras, conspira decisivamente en su contra con su reseca masticación insoluble y su gusto insípido. Su proceder, para el criterio geométrico más exigente, es irreprochable: se extiende con entera corrección en tres dimensiones, sin travesuras no euclideanas, y presciende con igual decoro y modestía, de la furtiva pequeñez microscópica y del gigantismo guarango. Sin embargo, como prenda de vestir es muy ajustada, y a veces dudo pueda reemplazar can ventaja a las esclavinas, a las mitras y a los chalecos. Como par de botines o de guantes, es uno solo: no ha disipado su unidad en estrellas, como el Dios imprudente de Valery, persuadido (él también) de que la realidad tuvo que empezar por astronomía y no por sentimientos o gustos...

Como libro... Desengañado de anteriores empleos, resolví leerlo. Encontré en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro si estampase, mucha gente que la juzga desairosa, tal vez entre las más lindas la clasificase, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropajes de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales resplandencias (hago lo posible por conservar la magia de la rima) y el mundo la encara indiferentemente. Encontré en la página 17 que la luna llena es la eterna soñadora de los espacios y una hilandera de ilusiones. dos audaces hipótesis que mis muy limitados conocimientos de selenografía y de hilandería no me capacitan para juzgar. Encontré en la página 21 que Doña Felicidad es una muchacha rubia, y en la página 7 que el doctor Mora y Araujo es nuestro representante oficial en Río de Janeiro, dato de inapreciable valor que repite con toda felicidad la página 9. Encontré en la página 27 que Santos Dumont fué el grande y noble amigo de las águilas y los cóndores, que es como imaginar que un peaton es el grande y noble amigo de los gusanos y de las bicicletas. Encontré en la página 10 que para ser poeta basta creer en la belleza y en la verdad y que su escuela de cantoresteta era su propia sensibilidad...

Cuando leí esta declaración, mi parecido sorprendente con Paolo y Francesco fué comentado por las personas más distraídas: quel giorno suspendi también la lectura. — J. L. B.



Museo de la Confusión

LA revista "Nosotros" en su número doble correspondiente a julio y agosto, por intermedio de su digno colaborador, señor Mayorino Ferraria, nos pone al corriente de las actividades musicales de los últimos meses. Dice Minorengo:

> Alejandro Brailowsky iguala a los más grandes intérpretes de la hora actual (Supongo que se referirá a el carrillón de la Merced, el meridiano de Córdoba, la clepsidra de Villa Luro y al remontoir de San Fernando) en sus interpretaciones de los clásicos, y los supera en las versiones de los románticos, que traduce con la más fina paleta (traductor original que se anima a llevar a cabo lo que ni siquiera los mejores pelotaris, pastelistas y cirujas han logrado hasta la fecha). Continúa el minorazgo:

> Su Chopín es perfecto: es a un tiempo mismo viril y delicado; fuerte y sencillo; natural y exquisito; puro y ardiente, hondo y sereno; carne y espíritu.

Indudablemente que Fayorino no es un crítico impar a juzgar por los presentes y acomodados dualismos con los cuales hace lo que quiere, pero lástima grande que haya omitido algunos tan importantes como: Achuras y Psiquis; Romeo y Glorieta, Manco y Capac, Modorra y Gomosa, Más y Pi, etc.

El señor Minorino Ferrariola que además de crítico es un delicado vate que sabe arrancarle a su inspirada ocarina los más puros y exquisitos sones, se decide de golpe, y blande su instrumental para versearlo a Brailowsky:

Lleva su corazón en un fluido
de arte y emoción hasta sus de-
(dos
y toca, y toca y en sus dedos
(canta
su corazón cual ruiseñor de en-
(sueño.

Como se ve, no se trata de un concertista cualquiera, que ha menester de címbalos, clavicordios y otros aparatos imprescindibles para hacerse oír. El arte de Brailowsky es mucho más sencillo: coloca el meñique sobre una candileja y se colma la sala con un estruendoso andantísimo lijerato, introduce el dedo en un ventilador y se percibe rápidamente una potente escorchea rantifusa, deposita el pulgar sobre el atril, y con toda naturalidad surje un irresistible molto più avanti ovíparo que eleva el espíritu a las más puras cimas de la belleza.

Hablando de otros musicantes desconcertistas, el crítico los define:

> Emilio González: dominio técnico, arco flexible. Fritz Busch: dueño de una batuta vigorosa y flexible; Cecilio López Buchardo: supo evidenciar que la batuta con el ejercicio, se irá plegando en sus manos a todas las exigencias de su temperamento musical.

Debo declarar, ignorancia musical a un lado, que nunca han logrado llamar mi atención esas audiciones tan frecuentes, donde los pianos se contraen, se dilatan los atriles, se parten en cuatro las butacas, se estiran las boleterías y donde los músicos vigorosos lucen amplios carteles en las espaldas con las recomendaciones de frágil o cuidado, y donde las batutas se van desplegando hasta alcanzar dimensiones fantásticas peligrosas para el éxito del festival o disminuyen totalmente en las manos de su poseedor impidiendo toda acertada dirección.

★

En la misma inexplicable revista, Carlos O. Bastianini, en una poesía titulada "De la vida", refiriéndose a la luz del día cuando amanece, se despacha como sigue:

Luz casta y pura
que baja lentamente desde
(el cielo
Cubriendo con su manto de
(aluminio
a la ciudad aún adormecida.

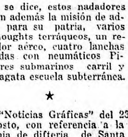
Aún adormecida hasta ese momento, porque con seguridad al estrépito y singular atavío de ese amanecer se despertó sobresaltada. Ni más ni menos que lo que nos pasaría a cualquiera de nosotros, si al Angel Custodio se le ocurriera presentarse a las cuatro antemeridiano en nuestro aposento equipado con unas silenciosas alas de hierro forjado, zapatillas de cromo, medias de cinc y camiseta de alambre tejido y una vez dentro, se sonara quedamente la nariz con un perfumado y vaporoso pañuelo de hojalata con ribetes de duraluminium e iniciales de tungsteno y tratara al mismo tiempo de cubrirnos con un flexible y abrigado poncho de bronce niquelado.

★

De "La Nación" del 24 de agosto extraigo una extraña noticia consignada bajo el título "El sport en el exterior". Es la siguiente:

> TURIN, 23. — (A.P). La comisión organizadora ha recibido la inscripción de los atletas argentinos que participarán en el torneo atlético universitario internacional que se efectuará en esta ciudad el 10 de setiembre. Bolivia ha inscripto un team de natación.

Que los ávidos y astringentes bañistas de La Paz van a salir triunfantes en esta prueba, no hay duda alguna. Acostumbrados como están a practicar la plancha en el Chaco boreal, deslizarse a grandes brazadas por el altiplano, zambullirse mortalmente en el empedrado de Chuquisaca y nadar a lo perrito en los balnearios de tierra adentro, en un medio menos denso como lo será el agua y de mucho menor resistencia, deben imponer su impermeabilidad.



Según se dice, estos nadadores llevarán además la misión de adquirir para su patria, varios dreadnoughts terráqueos, un remolcador aéreo, cuatro lanchas equipadas con neumáticos Pirelli, tres submarinos carril y una fragata escuela subterránea.

★

En "Noticias Gráficas" del 23 de agosto, con referencia a la epidemia de difteria de Santa Isabel (Pampa), se nos comunican las acertadas medidas tomadas por el gobernador señor Pérez. La noticia dice:

> Se trata de la suelta de 20 palomas mensajeras, que han salido en automóviles, al cuidado de gente experta y de algunos baqueanos.

En otro lugar aparece una felicitación de la Sociedad Colombófila Nicolás Avellaneda al citado diario por el envío de un avión con auxilio a la zona afectada y aprovecha la ocasión para hacer un interesante ofrecimiento:

> "cumpliendo con un deber humanitario, nos ponemos a su disposición para el caso de que si lo cree necesario, llevar a cabo un concurso colombófilo extraordinario, cuyo modesto pero sincero aporte podría ser destinado para la adquisición".

Ya pueden prepararse nuestros lectores para el día en que una epidemia azote a la ciudad de Buenos Aires. Nos van a poner locos las torcaces, tórtolas y pichones. Nuestro sobretodo se convertirá en palomar ambulante, sus bolsillos se transformarán en receptáculos de plumas y cáscaras de huevo; nos veremos en la obligación de salir descalzos, porque los botines estarán completamente bloqueados por la superproducción de mensajeras, abuchonadas y monteses; las calles principales se verán rápidamente usufructuadas por diversas y medicinales aves de corral y afines, ocupando lujosos monopatines, andaríveles, triciclos, manomóviles, asesoradas por baqueanos y octogenarios experimentados. La situación va a ser terrible.

★

Anímula Vágula



Perdón, Padrecito

Alejandra Roubé Janski

ILUSTRACION DE MOLAS

SERAFINA Gubernaterowa terminado su número de canto, se retiró del escenario, seguida por aplausos precarios.

Los comunistas del Club de los Carpinteros no apreciaban sobremanera los trinos del ex primer premio del Conservatorio de Moscú.

Se mudó de ropa en el corredor, junto al excusado. Doblaba meticulosamente su vestido de escena, cuando un hombre enclenque, con un rostro tan agudo como un lápiz afilado, surgió ante ella:

—Tengo algo muy interesante que proponerle — dijo a la actriz.

—¿Un contrato?

—Mejor que eso. ¿Dónde podemos hablarnos?

—No quiero perder mi último tranvía. Vivo muy lejos, en Plutschiha. Acompáñeme, y me explicará su propuesta durante el trayecto.

Afuera, el frío era intensísimo.

Mientras caminaba a su lado, el desconocido se presentó.

—Soy Victorhugow, autor y empresario. Tenga confianza en mí, y ya no trabajará en los bares y los fondines de puerto a razón de un rublo las tres sesiones. La vengo observando desde hace tiempo. Le garantizo los grandes teatros, triunfos memorables, representaciones de 10 rublos cada una. Durante el verano saldremos de Moscú. Organizaré jiras por las provincias. Todas las ciudades de la Unión la aclamarán. Será célebre y rica.

—¿Qué debo hacer para lograr todo eso? — preguntó Serafina.

—Déjese de gorjeos y de romanzas, que ya nadie escucha. Le he preparado un sketch. Estúdielo. Repartiremos los beneficios. ¡Y la fortuna es nuestra!

Cuando llegaron al tranvía, el autor empresario le pidió su domicilio, le entregó un rollo de papel, la ayudó a subir y se alejó rápidamente.

De pie en el estrecho pasillo del vehículo, Serafina deseó llegar cuanto antes a la estrecha bohardilla que el comité de distribución de alojamiento le había asignado.

Hacía tanto frío allí adentro, que la nieve acumulada en sus botas y su tapado, no acababa nunca de derretirse.

Serafina encendió el Primus, poniendo encima una cacerola llena de agua helada, y cuando estuvo caliente, se preparó una taza de té. Luego se quitó el tapado, sus viejos chales, los jirones de echarpe que la envolvían, su vestido y por fin la camisa estrecha, cortada de su última funda de almohada.

Apareció un instante desnuda, tan delgada como un gato famélico. Castañeteándole los dientes, procedió a una "toilette" sumaria, usando la cacerola a guisa de palangana, y volvió a ponerse apresuradamente su ropa, con excepción de la camisa, que lavó, sin jabón, con el agua caliente que acababa de usar para sus abuliciones. A la mañana siguiente, encontraría la camisa helada, dura, pero al plancharla acabaría por secarse.

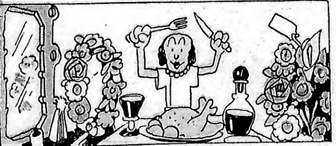
Nuevamente vestida, se deslizó bajo las frazadas, a las que había añadido varias capas de diarios, recorrió con los ojos los papeles del autor empresario, y exclamó, indignada: ¡Nunca!, y dicha su oración, apagó la luz.

Cuando su provisión de polvo de arroz se hubo terminado y debió recurrir al polvo dentífrico, recordó la propuesta del empresario y volvió a leer el sketch.

—Ante todo — le dijo el autor pocos días más tarde — vamos a tener que cambiar su nombre. Usted comprenderá que Serafina sabe demasiado a curas, y en cuanto a Gubernatorowa... ya no hay gobernadores... Todo eso recuerda a gritos el antiguo régimen. Gracias a la ley de 1932, quien está descontento con su nombre o su apellido, puede cambiarlos a voluntad. Sólo cuesta noventa rublos.

"Los Metropolitoff, Diaconof, Boyarinof, Zarow, Romanof, son ahora Traktoroff, Internacionalof, Cumunistof, Sovietof, Metrallewsky, Christobalcolombof, Karlmarxkine, Dinamitof, etc... Así quedarán borrados para siempre los rastros de un pasado odioso, y nuestros hijos y nietos ignorarán siempre que hubo alguna vez sacerdotes, propietarios y burgueses. Pero son las mujeres las que mayor entusiasmo demuestran con la nueva ley. Mi hermana ha cambiado ya 3 veces de nombre. Se llamaba Tecla, y pagó noventa rublos para que registraran su estado civil con el nombre de Lakmé. Luego, Butterfly la sedujo, y pagó por segunda vez. Ahora sueña con llamarse Tosca, pero como no tiene un miserable kopek, se queda muchas veces en ayunas para reunir la suma necesaria.

Esta pequeña operación reporta al gobierno pingües ganancias, pues toda la Unión, del Norte al Sur, del Este al Oeste, se ocupa casi exclusivamente en buscarse algún nombre bonito, original y vistoso. Yo mismo he adoptado el de Victorhugow, excelente apellido para un autor. Por lo menos, suena mejor que Kaufman.



Por lo tanto, vamos a buscarle otro nombre... ¿Qué le parece Lenina Comunarowa? Magnífico, ¿verdad? Pagaré ciento veintidós rublos. Para un artista profesional, el cambio de estado civil sólo cuesta sesenta y un rublos por nombre. Usted me los devolverá cuando la fortuna empiece a sonreírle... interés diez por ciento. Como ve, no es caro.

Escuche la música de estas palabras, y figúrese este afiche:

NUESTRA GRAN ARTISTA NACIONAL. LENINA COMUNAROWA

Usted, tan fina, de andar tan aristocrático, de talle tan menudo... ¡Qué contraste!

Satisfará, por otra parte, las exigencias del momento. Las nuevas formas del arte se fundan en los contrastes. Así, los papeles cómicos son confiados a los grandes trágicos; y las partes dramáticas están a cargo de los cómicos. En sumo, le auguro el más brillante porvenir.

No se había engañado, pues el sketch "La Revuelta" fué muy pronto el punto fuerte del programa.

La gente acudía al teatro sólo para ver y escuchar a Lenina Comunarowa, la nueva estrella comunista. Su voz cristalina, de acentos infantiles, que exaltaba hasta las nubes las palabras impías, sus lágrimas verdaderas, su gracia, su sinceridad, llenaban de un entusiasmo sagrado a las multitudes.

Era imposible actuar con tanta verdad sin una convicción profunda.

El público aplaudía con negligencia el tigre a caballo, la mujer voladora, las torturas de la inquisición, pero, ante los primeros acordes de la música fúnebre con que preludiaba "La Revuelta", todos tendían el oído, el cuerpo echado hacia adelante, y retenían la respiración hasta el fin.

La decoración sintética representaba una celda de estilo cubista. En el primer plano, ante unos iconos, ardía una lámpara votiva. Al frente, una mísera tarima. Tras un acorde discordante, brutal, la puerta se abría bruscamente y un cuerpo diminuto, lanzado con violencia, rodaba por el piso inclinado. Era la Comunarowa. Se incorporaba, y el público veía entonces una miniatura de mujer, de rubios cabellos revueltos, que caían en largos rizos sobre sus frágiles hombros.

La prisionera se lanzaba contra la puerta de hierro, golpeándola con sus puños minúsculos; luego, desesperada y exhausta, entonaba con voz angelical una conmovedora canción, en la que suplicaba a sus invisibles carceleros que le devolvieran la libertad.

Terminada la canción, aparecía el verdugo para anunciarle, con voz ominosa, que al rayar el alba, sería ejecutada.

La artista se arrastraba por el piso, transida de terror, arrojando en torno suyo miradas de demente, y en sus grandes ojos brillaban lágrimas verdaderas.

Algunos campesinos, espectadores novicios, se alzaban de su lugar para gritarle:

—¡No temas: estamos aquí!...

Había que contenerlos.

De pronto, la mujer advertía los íconos. Bajo el proyector, veíase su rostro iluminarse con un rayo de esperanza.

De hinojos, ante las santas imágenes, pronunciaba esta patética oración.

—Salvadme, vosotros en quienes tengo fe. ¡Vosotros, a quienes he rogado durante toda mi vida! Cumplid un milagro. ¡Bien sabéis que soy inocente!

El público, jadeante, aguardaba con ella alguna intervención ultraterrenal.

Pero los íconos seguían impertérritos.

Por fin Lenina se rebelaba. Incorporándose, increpaba a los íconos y los cubría de insultos.

—¡No sois sino muñecos de madera sin alma, fetiches inventados para engañar a los ignorantes! Si existís, mostrad vuestro poder. Puesto que os maldigo, ¡que los rayos de vuestra indignación caigan sobre mí!

Derribaba a las imágenes y, en actitud desafiante, esperaba el castigo divino.

Pero nada sucedía. Entonces sacudía su cuerpo una risa sarcástica, su ira y su desprecio iban en aumento, y renegaba por último de su fe, hollando bajo sus pies las imágenes santas.

En ese mismo momento se elevaba de entre los bastidores un estrépito de granadas y de ametralladoras, y las notas viriles de un canto revolucionario rasgaban el espacio. Los vencedores comunistas abrían la puerta de la celda, Comunorowa se apoderaba de la tela roja que adorna a los altares y, blandiéndola como una bandera, se lanzaba hacia los salvadores, cantando un himno por su liberación de todos los prejuicios religiosos.

El público parecía presa del delirio, y los aplausos atronadores hacían vacilar el teatro.

—¡Bravo! ¡Eres nuestra mejor intérprete! — gritaban los espectadores en el colmo del entusiasmo. — ¡Eres sincera! ¡No mientes! ¡Expresas como nadie nuestros propios sentimientos!

Una muchedumbre de admiradores aguardaba su salida. A falta de flores y de brillantes, los proletarios compraban en el buffet, quien un pastel, quien una manzana, que le ofrecían con manos temblorosas.

Serafina volvía a su alojamiento rendida. Desde que interpretaba un sketch de propaganda, el "jilcom" le había asignado una serie de hermosas habitaciones en la casa Bahruchin, donde disfrutaba de un sillón, un mullida cama, una alfombra y calefacción central.

Sobre el tocador podían verse medias de seda, frascos de perfume y cajas de bombones de varios tamaños.

Se sentaba ante su mesa con adornos de bronce, comía copiosamente, se desnudaba, poniéndose un largo camisón, y luego, abriendo un cajón secreto, sacaba de él un viejo ícono, ante el que se posternaba repetidas veces, y después de persignarse devotamente, decía:

—¡Dios mío! ¡Virgen santa y todos los Santos! Creo en vosotros. Soy siempre vuestra humilde servidora. Allá, no es sino teatro. Todo eso es mentira. ¡Apiadáos de mí! ¡He soportado tantas miserias! Y tener que empolvarme con polvo dentífrico... ¡pues ya era demasiado! ¡Padrecito, si tú fueses mujer, me comprenderías..! ¡Perdón, padrecito!

Se Casó

ES NOTORIO que la secta de los Mormones que se encuentra en Utah, en Norte América, profesa la poligamia.

He aquí un curioso episodio, ocurrido hace poco tiempo.

El señor Erlington, joven neófito, había sido recibido en una familia compuesta de cuatro hermanas, de su madre, viuda, de 45 años, y de la abuela. El señor Erlington pide en matrimonio a una de las cuatro hermanas, la rubia Julieta. Julieta era de corazón muy tierno y protestó que no quería separarse de su familia.

—Bueno — dijo Erlington — para complacerla me casaré también con sus tres hermanas.

—¿Y mi madre?... — añadió la jovencita.

Erlington enarcó las cejas, y Julieta clavó en él sus magníficos y grandes ojos azules.

—¿Lo quiere absolutamente? dijo Erlington.

—Sí — contestó la encantadora niña, con acento dulce pero decidido, y añadió:

—Nunca abandonaré a mi madre...

—¡Oh, Julieta!... tengo que quererla mucho para casarme también con su madre!...

Pero a pesar de esto la joven no parecía estar completamente satisfecha.

—Amigo mío — le dijo tras de un corto silencio — queda todavía la abuelita...

—¡Ah!.. .esto es demasiado —exclamó el infeliz — ¡Prefiero la muerte!

—¡Erlington!... suspiró entonces la rubia encantadora — ¡Ah!... Usted no me quiere!

—¿Cómo?... ¿Qué no la amo?... ¿No basta que me case con sus tres hermanas, y de yapa con madre?...

—Pero la pobre abuelita se quedaría sola, y mi corazón no puede consentirlo. Es una delicadeza de sentimientos que usted no comprende... Paciencia. Me retiro y le dejo libre.

—Espere, Julieta... ¡Espere! ¡Oh, Dios mío!... Bueno, sí; ya que es inevitable me casaré también con la abuelita!...

Esto sucedió en un rinconcito de nuestro globo, cuyos habitantes alaban la moralidad de sus instituciones. Erlington, como buen Mormón, se casó con toda la familia.

Ilustraciones de Rodríguez

Carbón Recalentado

JOSE REMO SUFRITTI

EN primera andana, frente a la Barraca Cory Brothers y Cía., amarraba aquella mañana de febrero el "Canadian Transport". Completamente escorado a estribor y envuelta la maza de su casco, la arboladura y la rojiza chimenea en una espesa cortina de humo. Los obreros, mientras aguardaban el momento de iniciar las tareas, hacían comentarios poco halagüeños.

—Hoy bailamos a bordo — dijo Petenera — un andaluz pequeño, picado de viruela. — Y no porque me asuste er trabajo. ¡Vaya una changa! Marditan sean too los barcos que vienen con la bodega incendiaa...

—¿Y qué quieres, — respondióle Rumbo — que te lleven el jornal a tu casa? ¡Jorobese, amigo! ¡Quién le manda nacer pobre!

—¡Dios bendito! Nos vamos a achicharrar. ¡Qué mala suerte! Estamos un mes sin pescar nada y el primer vapor que nos toca, ¡zas!. Miren cómo viene echando humo por todos lados.

—¡Eh, Ramírez! — le respondió Barqueta. — Non saría nada eso; lo peor e la bestia que tenemo de capataz; ¡hay que verlo cómo se interesa por la descarga. ¡Cristo, ni que fuese el gerente!

—Como si el día que ya no sirva no le fueran a dar una patada como a cualquiera de nosotros — terminó Quebracho.

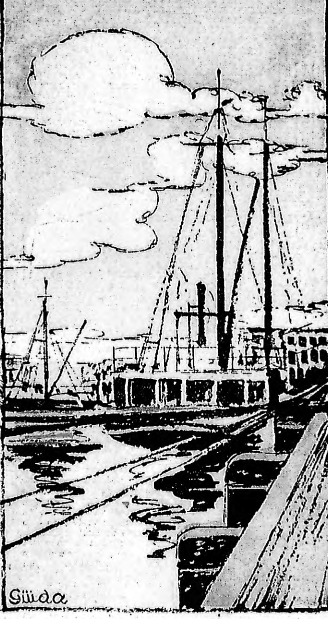
Las campanas y los pitos truncaron los comentarios, y al instante se escuchaba en toda la ribera la voz despótica y autoritaria de Antonio Peña, el encargado de la descarga.

—¡Vamos, vamos, arriba! ¿No han sentido la campana? ¡Hay que moverse hoy! Nada de mezquinarle a los baldes y a las palas. ¡Meta carbón afuera, sin asco! — y empezó a distribuír la gente. — Vos, Canario, con el Rumbo y Vigo, vayan al corredor de proa. Peligroso y Luigin a los guinches. Tú, Juan, de ganga. Chicho, Miquele, Petenera y Barqueta, abajo a la bodega 3 ¡Ahí está lo bueno, el "dulce de leche". ¡Duro con él! Los demás, a las lanchas.

Apenas cayó el último cuartel sobre cubierta, y al quedar destapadas las bodegas, una neblina caliente y pegajosa, que se entraba por los ojos y las narices, empezó a extenderse por todo el barco. Tapadas las bocas con trapo mojado, envueltos los pies en arpillera, empuñando picos y palas, se inició la tarea.

—¡Hay que abrir brecha! ¡A ver una manguera! ¡Vengan esas lanchas! ¡Iza! ¡Vira! — los gritos del capataz se oían de una ribera a la otra. Tan pronto estaba en la proa, como en la popa, arriba de las lanchas, debajo del corredor, empujando un balde o aceitando una pasteca.

Dos días largos, penosos, de lucha contra el calor, la asfixia, la sed, el peligro de un cable que se corta o de un balde repleto de carbón que cae sobre ellos, unidos a la constante persecución del capataz.



Las bodegas habían sido ya descargadas hasta la mitad, y a medida que se ahondaba el pozo, la temperatura se hacía insoportable. Aquella tarde de febrero, cuando quemaba fuerte el sol; habían extraído ya dos carboneros semiasfixiados; los tendieron a la sombra del puente ,mientras aguardaban los primeros auxilios.

Miquele, un viejo negro, de pecho hundido, que tosía con dificultad, a cada golpe de pico, soltóle, y elevando sus incoloros ojos, ennegrecidos por el polvo, murmuró:

—¡Dío mío! ¡Sangüe de Santo Nicó Benedetto! ¡Per qué tanto sofrir!

—Oye, Miquele, pídele a Dío que en lo sucesivo hunda en la már a too los barcos carboneros.

—¡Eh, no! ¿Per qué? — replicóle Barqueta. —También los marineros son hijos de madre como nosotros, e non se orvide, que el pan de lo nuestro lo ganamo aquí.

Hasta la oscura bodega llegaba la voz del capataz, con su proverbial brutalidad:

—¡Cómo no se van a desmayar esos flojones! ¡Si vienen a trabajar con la panza vacía! ¡Ya advertí que el que no aguante, que no baje.

—¡Eh, no! — respondió Chicho. — ¿E a lo filio, qué le damo de comer?

—¡Qué hijo ni qué hijo! Ustedes no comen por hacer economía; quieren mandar plata a la Italia.

—Vea... este... tiene razón Chicho — agregó Ramírez — los hijos obligan, el que no tiene seis ,tiene siete...

—Sí, es lo que digo siempre: son como conejos los infelices para largar desgraciados.

Peña remató con estas últimas palabras perdiéndose entre la polvareda del carbón, junto a la bodega cinco.

Barqueta y Petenera, semidesnudos y chorreando sudor, llevaban agotado el cuarto o quinto porrón de agua; aquél, ya fatigado, largó el pico, carraspeó con dificultad, sintiendo que le faltaba la respiración.

—¡Pero, abuelo! ¡Suba a cubierta a tomar un poco de aire! Vamos... se necesita a usted, Barqueta, hacerlo bajar a este infierno a su edad...

—Eh, Petenera, e así nomá; voy per lo sesenta, e cuarenta que trabaco ¿e qué tengo?, una mano atrás e otra adelante.

Empezó a ascender con dificultad por la escalerilla de gato, a medida que iba llegando a la cubierta, aumentaba la pesadez de su cuerpo, el pecho se le agrandaba, en su afán de respirar aire fresco; sintió un gran vacío, se le turbió la mirada y errando el manotazo desesperado que tiró al escalón, perdió pie, cayendo al fondo de la bodega...

. . . .

Lo velaron en la pieza que daba a la Ribera. Sus compañeros silenciosos y cabizbajos rodeaban el féretro. Petenera y Ramírez, sentados junto a la ventana, miraban el Riachuelo, donde persistía aún la humareda del "Canadian Transport"

—¡Cómo arde el condenado ese! — dijo aquél. — Van a tener que inundarle las bodegas.

Se volvió hacia el cajón en que yacía Barqueta, y dirigiéndose nuevamente a Ramírez, agregó — Pensar que el finado me dijo en aquella ocasión: "Eh, cumpañero, el pan de lo nuestro lo ganamo aquí".

—Sí, — murmuró Ramírez — el pan se gana en los barcos y también la fosa...



El Dragón

(Antiguos mitos germánico.)

★

El dragón abominable de la Escritura es enroscado como el mar y es un emblema del pecado y la muerte; el dragón chino es una respetada y benévola divinidad del aire, aunque las fauces tornasalodas exhalen fuego y carezca de alas el cuerpo; el reseco dragón de los turcomanos arma su habitación en los cauces duros de arena o repecha los cerros pedregosos en busca de la humedad de las nubes. El dragón de las imaginaciones germánicas es distinto; es el insomne celador subterráneo de un tesoro escondido. No lo posee ni lo aprovecha: lo guarda. Ese empleo es tradicional: en la Gesta de Beowulf — que corresponde al año setecientos de nuestra era — el dragón es siempre apodado el guardián del tesoro, así como la batalla es el juego de las espadas y el mar es el camino de las velas o el sendero del cisne. El dragón viene a ser un condenado, una especie de esclavo elemental vinculado a una pila de metales que de nada le sirve, ni siquiera de argumento para esperanzas — ya que no puede concebir el valor del dinero, el menos material y más abstracto de todos los valores. El dragón, en la cueva que es su cárcel, vigila noche y día el tesoro. Ignora el sueño, como lo ignoran los ardientes huéspedes del infierno, cuyos párpados maldecidos nunca se abaten sobre los miserables ojos. Vigila esas monedas inexplicables y esos duros collares que aprieta y no vislumbra en la oscuridad. Alguna vez — sólo se trata de esperar unos siglos — el predestinado acero del héroe — Sigurd o San Jorge o Tristán — penetrará en la sórdida cueva y lo acometerá, lo herirá de muerte y lo salvará.